

TURISMO NAPOLEONICO

(1800 - 1815)

Por
Luis Lavaur

1800. Europa estrena una nueva centuria con las naciones en pie de guerra y su suelo convertido en un vasto campo de batalla. En pésimas condiciones, por tanto, para ser recorrida en viajes de placer. Sin embargo, y a ello vamos, bastó un solo instante de sosiego, al iniciar su carrera como gobernante el general del siglo, para que con ímpetu arrollador, como si no hubiera pasado nada, rebrotara una actividad, años hacía interrumpida por fuerza mayor. El suceso puso de manifiesto el considerable peso específico con que el viaje turístico gravitaba en las costumbres de ciertos estratos sociales europeos.

El turismo se desentumedeó de repente con sigular energía despertado por la Paz de Amiens, concertada en marzo de 1802 entre Francia e Inglaterra. Un alto al fuego que a determinadas comarcas del continente permitió disfrutar de un animado veranillo turístico de San Martín, de poco más de un año de duración. No mucho tiempo, pero suficiente para que el turismo desplegara su enorme potencial.

El París del Primer Cónsul.

París, en especial, se vio literalmente inundado por una descomunal invasión de turistas, británicos, en su mayoría. Para los recién venidos, visitar la capital francesa bajo el régimen instaurado para borrar los últimos vestigios de la Revolución, visuales se entiende, presentaba numerosos alicientes en forma de novedad. En línea preferente el «Musée Napoléon», instalado en el Louvre, escaparate por espacio de catorce años de la más egregia colección de obras artísticas, que reunidas en un solo lugar, pudo el mundo contemplar.

Asesorados los ejércitos revolucionarios por expertos, que en comisión de servicio en sus avances les acompañaban, desmontaron y trasladaron a París la crema de las obras que engalanaban las iglesias de Gante, Bruselas, Brujas y Amberes, expolio extendido luego a las ca-

tedrales alemanas de la zona del Rin y después a la iglesia Pitti y a los Uffizi, de Florencia, llevándose lo mejor de Venecia y del Vaticano.

«Los ingleses afluyeron en gran número a París para admirar a un pueblo regenerado y los grandiosos frutos de sus victorias», recuerda ampuloso y certero César Cantú en su «Historia de Cien Años». El gigantesco latrocinio que de modo prominente victimizó al país del historiador, prosiguió más selectivo y pausado, y al ingresar en el Louvre la Venus de Médicis, desde su refugio de Palermo, se atribuyó a Napoleón el chiste, «ha llegado la novia del Apolo del Belvedere». El comentario emparejaba en una sola frase al par de esculturas de máxima nombradía para el turista del período.

Los ingleses en París.

Mientras duró el armisticio, la fenomenal afluencia turística encauzaron los puertos del Canal, especialmente los de Dover, Dieppe y Calais. Muchos desembarcaron con sus esposas, hijos y criados, y como en los buenos tiempos del *Grand Tour*, los más ricos y ostentosos transportaron consigo sus lujosos carruajes.

Cálculos hechos en París durante el verano de 1802, evalúan a los visitantes ingleses en cinco mil y en septiembre se habla de diez a quince mil. Tantos eran, que algunos se percataron del dinero que dejaban en la alegre capital. En un relato anónimamente publicado, uno de ellos reseñó «Se calcula que los ingleses gastan en París setenta mil libras por semana» (1). Importante suma, que instalado en el sector receptor indujo a un redactor del *Journal des Dames*, a comentar complacido los efectos contables de aquella bonanza:

«Desde el tratado de paz, París rebosaba de extranjeros. Obreros, comerciantes, empresarios de espectáculos y artistas comienzan a experimentar los felices efectos de esta afluencia».

No faltaron visitantes a quienes les plació bastante menos la forma en que les hacían contribuir a la prosperidad francesa. Por ejemplo, Mr. Yorke, familiarizado con París en fechas prerrevolucionarias, que aprovechaba la tregua para que lo conociera su joven esposa. El viajero

(1) *A few days in Paris with Remarks characteristics of several distinguished personages*. Londres, 1802.

se escandaliza de las tarifas de las postas, le irrita la visión de la cadena de fieltos establecida en las carreteras para cobrar peajes destinados a su reparación, y, sobre todo, las insolentes exigencias de los postillones, desmanes cuya causa cree conocer y la declara sin ambages:

«Se deben a la deplorable manera con que el derroche de dinero de algunos viajeros ha corrompido a los postillones. El hecho es que no tropecé con uno solo en el camino de Calais a París, que se contentara con los treinta sueldos reglamentarios. Simple bagatela para mis compatriotas y de algunos me sé que han gastado diecisiete mil guineas en seis semanas de estancia en Francia; considerable suma para un pobre diablo como yo». (2)

Mr. Yorke, que de pobre no tenía nada, demuestra que tampoco andaba falto de dotes de observación, a juzgar por una que estampa en su relato:

«Estos gastos exagerados, carecen absolutamente de razón de ser y han difundido el rumor que nuestros despilfarradores son emisarios de Mr. Pitt, enviados a Francia con el fin de mostrar la riqueza de Inglaterra y nuestra destreza para enriquecernos hasta con las guerras. La mayoría de los franceses se ríen de estas locuras y dicen que los ingleses se esfuerzan en proporcionarles los capitales necesarios para restablecer el comercio arruinado por Mr. Pitt».

El inglés en el Museo.

Hubo turistas que llegaron a París antes de que se materializara sobre el papel la ansiada paz, Se la veía venir y nadie les puso trabas. Una de las primeras, la novelista Miss Berry, ansiosa de conocer el famoso super-museo parisino. Describe en términos incandescentes las salas de escultura, sitas en la planta baja, y opina que el Apolo del Belvedere, el Laocoonte y el resto de las estatuas, «están mil veces mejor emplazadas que en Italia», país bien conocido por la autora. Acto seguido, con su entusiasmo a cuestas, se traslada a las salas de pintura:

«Se asciende a su interior por una escalera cómoda y sencilla, ingresándose primero en un salón cuadrado, cubierto de hermosos lienzos ita-

(2) HENRY R. YORKE: *Letters from France in 1802*. Londres, 1804.

lianos, muy bien colocados en cuanto a luminación. Después de esta sala se pasa a una galería —¡pero qué galería!— Nunca vio el mundo otra igual. Tan larga que la perspectiva concluye en un punto lejano, y decorada con tal riqueza que a cada paso, aunque uno sabe ha de proseguir, detienen su atención los más bellos cuadros que se veían en todos los países.»

Curioso no haya un solo turista que repruebe lo poco lícito de los medios con que se acumuló el fabuloso tesoro artístico del Louvre. Un visitante amante de las bellas artes comenta con aprobación:

«Estas pinturas y estatuas deberán ser una mina de riqueza para París, al acudir a verlas gentes de todo el mundo; hasta los que las vieron en los sitios de donde las han sacado, porque nunca pudieron haberse formado idea de sus justos méritos como ahora que están colocadas juntas en un mismo museo. No se cobra nada a los extranjeros para verlas, excepto los libros descriptivos, cuya compra es opcional» (3).

Otro turista de la misma nacionalidad celebra en los museos parisinos una cualidad, diríamos que extrínseca a su valor:

«Debo estampar un elogio en favor de todas las instituciones de París. Que puede entrarse gratis en todas ellas, cosa que desearía poder decir de las nuestras. Con la excepción del British Museum, no conozco ningún otro en la Gran Bretaña en el que pueda entrarse sin pagar. Vergonzosa la impudicia con que se nos saca el dinero. Deplorable que los guardianes de las colecciones puedan rechazar la admisión de los visitantes no dispuestos a pagar, mientras en París la única formalidad exigida es mostrar el pasaporte al portero» (4).

Pero ni museos ni galerías guardan las más interesantes *chose à voir* que París muestra a los extranjeros. Es el propio Primer Cónsul. Abundan ocasiones para contemplarlo. Sin batallas que ganar, Napoleón apenas se ausenta de su capital exhibiéndose cuanto puede. En teatros, paradas o recepciones, los ingleses miran con simpatía a aquel joven general, flaco, bajito, narigudo y desgalichado, con ojos grandes y luminosos, encuadrada la interesante palidez del rostro por largas y lacias melenas. ¡Qué fácilmente olvidan de que era su enemigo de la víspera! Lo ven como el victorioso caudillo que ha puesto orden en el caos y que posibilita puedan volver a visitar Francia los ingleses.

(3) *Journal of a Party of Pleasure to Paris in the month of August 1802*. Londres, 1814.

(4) HENRY R. YORKE: *Letters from France in 1802*. Londres, 1804.

«Sight seeing» francés.

Aparte de lo exhibido en las salas del Louvre, poco ofrecía París para satisfacer las ansias arqueológicas de sus visitantes. Nôtre-Dame, Saint-Denis y Versailles eran estructuras vacías de contenido con su interior dismantelado. Interesaban los recuerdos de la revolución que apenas había dejado huellas visibles y ninguna construcción. Se acudía a ver el lugar en forma de plaza dejado por la Bastilla, arrasada hasta sus cimientos, y registraba numerosos visitantes la tétrica Conserjería, residencia postrera de multitud de aristócratas y personajes antes de montar en la carreta que los condujo al pie de la guillotina.

Sorprendió al turista el número y calidad de los hoteles y de los lugares de diversión. Quince teatro funcionaban diariamente y les admiró la animación nocturna de los cafés al aire libre, como el «Tívoli» y el «Frascati», donde se bailaba «le Waltz», o «le valse», una danza descocada en la que el varón bailaba abrazado a la mujer.

Como en los buenos tiempos, parte de los visitantes de París prolongaron su excursión hacia Italia y Suiza, viaje tipificado de modo cabal en la fastuosa forma en que lo realizaron los condes de Mount Cashell, llegados a París en diciembre de 1801, con la primera ola, bastante antes de que en Amiens se hubiera firmado la paz. El matrimonio viajaba con dos hijitas, cuatro criados y una amiga de la familia, una irlandesa de veintiocho años que en las cartas en que relató a su hermano la excursión, publicadas un siglo después en forma de libro, bautizó al grupo como «los nueve aventureros irlandeses» (5).

A punto de abandonar París incrementaron el grupo una institutriz, para cuidar de las niñas, y tres muchachos ingleses, bajo la égida de su *tutor*; en suma, un destacamento despegado del *Grand Tour* del siglo anterior, que se resistía a desaparecer. Para el viaje de París a Lyon los catorce integrantes del conjunto se dividieron en dos grupos, separados por un intervalo de veinticuatro horas, pues como explica miss Wilmot «era improbable encontrar acomodo en las posadas del camino para un grupo tan numeroso».

Ya en Lyon, el conde alquiló una barcaza para el viaje hasta Aviñón, Ródano abajo y con los carruajes a bordo. Pasaron los Alpes por el Mont-Cenis, y por Florencia y Roma se llegaron a Nápoles, lástima

(5) CATHERINE WILMOT: *An Irish Peer on the Continent*. Londres, 1920.

que para regresar a Inglaterra, por Alemania y Dinamarca, y más que de prisa, por culpa de un acontecimiento totalmente imprevisto que como a tantos otros ingleses les estropeó apenas comenzada una bella excursión.

La gran redada.

Ilustra los riesgos de embarcarse en viajes turísticos por el exterior, en tiempos inseguros, la gigantesca caza y captura de incautos ingleses, sorprendidos en suelo francés o territorios aliados, decretada por Napoleón en la primavera de 1803, y sin previo aviso, al reanudarse las hostilidades entre las dos naciones rivales.

La fobia anglófoba del Primer Cónsul, contra un enemigo que no hacía más que infligirle palizas en su único flanco vulnerable, el mar, se desató enconada por la impotencia de devolverles los golpes en especie. Su medida condenó a varios millares de turistas británicos comprendidos entre los dieciocho y los sesenta años de edad, y sin distinción de sexo, a permanecer durante varios años internados bajo vigilancia policial, en calidad de prisioneros de guerra, en varias ciudades francesas.

En sus «Memorias», madame de Staël aprovechó la ocasión para dar rienda suelta a su saña de fémina intelectual, desdefiada por Napoleón, expresando la indignación que le produjo el «ukasse» dictado por el amo de Francia:

«Me encontraba en Ginebra, viviendo en estrecha relación con los ingleses, cuando llegó la noticia de la declaración de guerra. En seguida se esparció el rumor de que los viajeros ingleses iban a ser hechos prisioneros; yo no lo creí, porque nunca se vio cosa igual en el derecho de gentes europeo, y mi confianza estuvo a punto de perjudicar a algunos de mis amigos; con todo, se escaparon. Pero muchas gentes ajenas a la política, como lord Beverly, que volvía de Italia con su mujer y sus hijas, y otras cien personas más, que con pasaportes franceses se dirigían a las universidades para instruirse, o a los países del Sur para curarse, viajando al amparo de leyes respetadas por todas las naciones, fueron detenidas y desde hace diez años llevan en las ciudades provinciales la vida más triste y lánguida que imaginarse puede. Este hecho escandaloso no fue de utilidad alguna. Apenas dos mil ingleses, poco militares en su mayoría, fueron víctimas del tiránico capricho de vejar a unos pobres individuos por odio a la invencible nación a la que pertenecían» (6).

(6) MME. DE STAEL: *Diez años de destierro*. Cap. XI. Col. Austral, núm. 742.

Las estadísticas de la presa difieren considerablemente. Uno de los que por los pelos se libró de ella, asegura que «de siete mil ingleses que se encontraban en Francia, solamente setecientos pudieron regresar a su patria» (7).

Algunos de los que no lo consiguieron parece pecaron de negligencia mezclada con mala suerte. Como un tal Mr. Forbes, que se encontraba en Bruselas con su familia y ni se enteró de lo que pasaba en un lugar desde el que no le hubiera sido difícil salvarse de la quema y ponerse a buen recaudo con los suyos. En su lugar, salió para París, hacia la boca del lobo como aquel que dice, y típicamente en un inglés, sin molestarse en dar un vistazo a los periódicos durante un trayecto en el que invirtió varios días. Cuando finalmente se enteró del predicamento en que se encontraba fue al llegar al hotel de La Rochefoucauld, minutos antes de reunirse en la prefectura de policía con cuatrocientos compatriotas» (8).

El turismo encadenado.

Entre las víctimas de la irascibilidad napoleónica descargada contra inermes turistas se contaron el duque y la duquesa de Newcastle, el general conde de O'Connell, la marquesa de Donegal, varios científicos y sabios en vacación, y lord Elgin con toda su familia, el embajador británico que durante su misión en Constantinopla había enviado a Londres los frisos del Partenón ateniense que conmemoran su nombre en el Museo Británico.

Hablando de literatos, en la redada cayó la entonces famosísima novelista Fanny Burney, así como John Forsyth, autor de una guía turística de Italia bastante utilizada por la generación de Byron en sus recorridos por la meca turística del romanticismo inglés (9).

El caso del confiado Forsyth puede servir de exponente a lo sucedido a tantos otros compatriotas capturados en similares condiciones. Tan pronto se enteró de la ruptura de la tregua, se dispuso a abandonar

(7) STRUT: *The real state of France*. 1804.

(8) JAMES FORBES: *Letters from France written in the years 1803 and 1804, including a particular account of Verdun, and the situation of British captives in that city*. Londres, 1806.

(9) JOSEPH FORSYTH, Esq.: *Remarks on Antiquities, Arts, and Letters during an excursion in Italy in the years 1802 and 1803*. Londres, 1815.

Italia con celeridad encaminándose hacia Suiza sin la menor intención de pasar por territorio francés. Encontrábase en Turín el 25 de mayo de 1803, y el tiempo que les faltó a los agentes napoleónicos para echarle el guante le sobró al infortunado viajero para redactar su guía. Encontró bastante tolerables las condiciones de vida en la soleada Nîmes, a donde fue conducido con otros turistas. Podían alojarse donde quisieran, con la única obligación de presentarse cotidianamente al Ayuntamiento. Aprovechó la tolerancia para acercarse a Marsella y gestionar pasaje a Malta en un buque americano. Denunciando a la policía por el agente que le tramitaba el billete, lo trasladaron en pleno invierno al fuerte de Bitche, en el norte de Francia, donde pasó dos años poco recomendables para la enfermedad pulmonar que padecía. Finalmente consiguió la gracia de que le trasladaran a Verdun, el centro más importante de los turistas en cautividad. En 1811 se le permitió residir en París y a los pocos meses obligado a sentar cuarteles en la fortaleza de Vincennes, con derecho al disfrute de su soberbio parque adyacente, donde se entretuvo componiendo su obra y administrando la distribución del dinero, producto de la subvención del Gobierno francés, y de las suscripciones que nutrían el Fondo Patriótico organizado por la compañía Lloyd's de Londres.

Como la mayoría de los reclusos, Forsyth no recobraría su libertad hasta la entrada en París de las tropas aliadas que derrocaron en 1814 al perpetrador de tamaño delito de lesa turismo.

Turismo en años aturísticos

Flor de un día, pues, y verdura de las eras, aquella efímera paz, más exacto si se la llama tregua. Lo de menos la brevedad del respiro. Sirvió para romper el hielo y extraer al turismo de su letargo. Al tomarse conciencia de no presentar la situación bélica trazas de finalizar a corto plazo, se reaccionó en consecuencia. A partir de entonces, y durante el prolongado dominio de Europa por el corso genial, siguió practicándose contra viento y marea un tipo de turismo, que de tener que calificarlo genéricamente de alguna manera, y si no con justicia, podría en razón de fechas denominarse turismo napoleónico con toda propiedad.

Como hecho social, el turismo había entrado en una fase de madurez en la que tratar de detenerlo del todo equivalía al intento de poner-

le vallas al mar. El mero hecho de que en tan adversas circunstancias subsistiera, más o menos al «relenti», pero operante, demuestra que su práctica se había imbricado en el repertorio de costumbres de la época con la robustez necesaria para recuperarse sin larga convalecencia. Tras el serio percance antibritánico de 1803, el turismo continuó fluyendo a más pausado ritmo a la espera de que amaneciera una paz de verdad.

Mientras llegó, reversionó a ser primordialmente cosa de hombres, jóvenes por lo general, espoleado el ánimo por un cosquilleo aguerrido y aventurero, muy en consonancia con el signo de la época. Hasta la indumentaria del viajero muestra la diferencia de talante con el viaje de la centuria anterior. En lugar de la peluca, la media de seda y el ornamental espadín, el viajero exhibe su cabello natural, viste pantalón ceñido y calza en media caña botas de montar.

A los participantes en aquel turismo no les detuvo ni arredraron los riesgos inherentes a transitar por un continente en llamas, menos llameante tal vez que como lo retrata la Historia convencional. Aunque la contribución inglesa decreciera, sorprende por lo relativamente elevado el número de otras nacionalidades que nutren el turismo del tiempo, visitante de Francia, Suiza, Italia y Alemania, a juzgar por sus relatos, abundantísimos por cierto, con menos sinsabores y contratiempos que dadas las circunstancias es dable imaginar.

Cara y cruz de un turismo en precario.

Acusadas repercusiones estructurales caracterizan a aquel breve y bien marcado estadio en la revolución del turismo. Cuéntanse entre las novedades de signo positivo el dejar de ser en su entraña y geográfica proyección un fenómeno exclusivamente europeo. Siempre bienvenida la aparición de una rica clientela de nuevo cuño en épocas endémicamente bajas. A quienes el hecho afectó, anotaron con agrado la presencia de americanos del Norte y del Sur, que traspusieron fronteras y aduanas napoleónicas con menos trabas que los europeos.

En el prefacio de uno de sus libros de viajes, el inglés Robert Semple desvela el «ábrete, sésamo» que en forma de pasaporte le permitió circular por donde le vino en gana con toda libertad:

«Queda algo por decir acerca de la condición bajo la que atravesé países en inveterada hostilidad contra la Gran Bretaña. Aunque educado

en Inglaterra, soy americano de nacimiento, y por haber residido seis años en aquel país estoy legítimamente autorizado a disfrutar de los privilegios de sus ciudadanos» (10).

Los privilegios de los americanos de verdad se veían mitigados por la necesidad de tener que cruzar el Atlántico a bordo de lentos veleros. Cuarenta y dos días tardó Washington Irving en 1804 de New York a Burdeos, para deambular por gran parte del viejo continente en visitas turísticas a más no poder. Excelente paradigma de turista ultramarino procedente del Sur, Simón Bolívar, un jovencísimo y riquísimo viudo venezolano que dilapidó una pequeña fortuna en el extenso «tour» europeo que realizó en 1805.

No hay duda de que por Europa se vieron los norteamericanos en números que con mucho rebasaban a los del Sur. En 1803, con su esposa y cinco hijos, llegó a Italia Mr. William Seton, como Washington Irving, hijo de un rico comerciante de New York. La notoriedad de su viaje no estriba en el viaje en sí, sino en que a su retorno de Italia, convertida su viuda en Roma al catolicismo, se ganaría los méritos necesarios para quedar en 1974 canonizada como la primera santa nacida en los Estados Unidos.

En el aspecto negativo de la cuestión, conspicua la prolongada ausencia de turistas ingleses, oficialmente personas «non grata» en un continente controlado por tropas francesas, pero añoradísimos por quienes desde más cerca padecieron las consecuencias de su eclipse.

Los alude en 1810, y en su sexta edición, la mejor guía del período, al descubrir el bache en que se sumieron dos importantes centros turísticos anexionados a Francia «manu militari». Al hablar del balneario más célebre de la época anterior, el autor de la guía registra la ausencia inglesa con un deje de amargura tintada de optimismo:

«Antes de la Revolución, Spa veía llegar una muchedumbre de extranjeros de todas las naciones, ingleses sobre todo, unos para restablecer con las saludables aguas que allí fluyen su delicada salud, y para gozar otros las diversiones y variados placeres que se encuentran en tan encantador lugar. La Revolución y la guerra han hecho cesar esta afluencia, y en 1801 no se contaron más que 315 extranjeros, pero no tardará la paz general en devolver a Spa su antiguo esplendor» (11).

(10) ROBERT SEMPLE: *A Second Journey in Spain, in the spring of 1809*. Londres, 1812.

(11) O. REICHARD: *Guide des Voyageurs en Europe*. Weimar, 1810.

Por lo que dice, situación similar a la vivida por la capital de la futura Costa Azul:

«La afluencia extranjera a Niza, prodigiosa antes de la Revolución, ha cesado por completo durante la guerra, pero no hay duda de que la paz hará que de nuevo acudan los enfermos de toda Europa.»

En el aspecto territorial las restricciones viajeras tuvieron algunos aspectos favorables. Por un turismo, hasta entonces un tanto estratificado en cuanto a sus campos de actuación, se le abrieron nuevas y exóticas rutas que serían consolidadas por la promoción subsiguiente. Contrapesa turísticamente en el orden geográfico el gran fiasco de la expedición napoleónica a Egipto, la cordialísima «entente» concertada entre Inglaterra y Turquía, la gran señora del Oriente próximo. A contar desde Trafalgar (1805), y al amparo de una marina exenta de rival «*Britannia ruled the waves*», sin oposición alguna. El Mediterráneo se transforma en un lago británico y Malta en el vestíbulo de una estación concurrida por numerosos ingleses que no se resignan a permanecer encerrados en su isla.

A quienes les inspiraba poca confianza embarcarse en un navío comercial, la obtención de una carta de recomendación para algún alto jefe de la flota, les permitía llegar sin dificultad hasta Grecia y las ciudades costeras del Oriente próximo, ricas en aventuras y en restos de la antigüedad; es el procedimiento seguido en 1810, por lord Byron, y en 1806, por su contrapolo francés, el vizconde de Chateaubriand.

Chateaubriand afirma, «il y a toujours quelques Anglais sur les chemins du Péloponèse», y muchos más en la capital de Grecia. Y por una buena razón:

«Athènes est très fréquenté des amateurs de l'antiquité, parce qu'elle est sur le chemin de Constantinople, et qu'on y arrive facilement par mer» (12).

En 1811, congregado alrededor de lord Byron y de sus amigos, Atenas cuenta con un censo turístico de consideración. Entre el grupo de artistas alemanes y daneses, actúa el barón von Hallenstein, destacado por el rey de Baviera para comprarle antigüedades de pri-

(12) R. DE CHATEAUBRIAND: *Itinéraire de Paris a Jérusalem*. París, 1811.

mera clase, para su museo de Munich. Ningún visitante de Atenas y de zonas colindantes, tan llamativo como la aguerrida lady Stanhope, sobrina de William Pitt, el Primer Ministro de Inglaterra. La resuelta doncellona había visitado París durante la paz de Amiens, y en 1810, después de una escala en Malta, prosiguió su «tour» mediterráneo con sus dos camareras y un estudiante de medicina, hasta Atenas, donde se hallaba su amigo Byron. Como todos los miembros del «clan», amplió su excursión por Constantinopla y El Cairo, y fijó residencia en el lugar que más le gustó, gesto que le valió protagonizar con el título «La Castellana del Líbano», la novela de Pierre Loti, que relata su romántica biografía.

Quince años, los sumariamente evocados componentes de un apasionante capítulo de la Historia del Turismo. Ciertamente que protagonizados por un turismo minoritario, a veces casi negligible, por su cuantitativa exigüedad desde puntos de mira estadísticos, pero por su alta calidad turística, enormemente genuina y vital, decantada por las adversas circunstancias que le fue preciso superar, suficiente para mantener vivo, en las mentes, el recuerdo del viaje de placer, así como la memoria de los beneficios económicos, que si no se lo impedían, era capaz de irrogar por donde pasó.

El magnetismo italiano.

Al menos en potencia, Italia continuó reluciendo como la meca soñada por cuanto de turismo puro subsistió durante la época. Y a pesar de un grave «handicap». Era del dominio público que si bien el paisaje, la arquitectura, su luminoso cielo y las asociaciones históricas adheridas como musgo erudito a las ruinas clásicas permanecían en su sitio, lo que en materia de escultura y pintura se consideraba en aquel entonces supremo y sin par había desaparecido de Italia trasladado el museo Napoleón, de París.

Enternecen, por lo patéticas, las óptimas ausencias que constantemente se les hacen a la Venus de Médicis, en Florencia; a los Correios, en Parma, y en Roma a los lienzos de Rafael. Rendido homenaje «in absentia» les presta un aristócrata gaditano en el curso de un viaje en el que «el amor de las artes fue uno de los objetos que más me estimularon para emprenderlo». En 1797, ante los nichos vacíos

que va descubriendo al visitar los museos de la Ciudad Eterna, encontraba consuelo en un pensamiento alentador:

«En Roma sentía de corazón no encontrar las estatuas griegas, y el famoso quadro de la Transfiguración, de Rafael, de que había sido aquella ciudad despojada, pero me lisongeaba que al fin los vería en París» (13).

Geografía turística.

En ningún país como en el de Arte, por antonomasia se notaba que la Revolución, que tantas cosas trastocó, apenas había alterado la estética del turista. Sus gustos seguían siendo rabiosamente neoclásicos de no contradecirse ambos términos. Roma y Nápoles, con su Vesubio y Pompeya, les extasiaban, y Florencia y Bolonia, lo mismo con menor intensidad. Nota curiosa el escaso mordiente de Venecia, predestinada a alcanzar con los románticos elevadas cotas de frenesí viajero. Hasta lord Byron y George Sand, los ingleses no encontraban la menor gracia abandonar una isla para recluirse en otra infinitamente menor, frecuentemente bajo un cielo no menos húmedo y pizarroso. Es un sentimiento general recogido por Forsyth en sus «Remarks»:

«Los extranjeros acostumbrados a pisar tierra firme, pronto se sienten prisioneros en una ciudad en la que sin cesar corta su caminar un canal y los escalones de un puente el hilo de la conversación. Admiro sus ventajas acuáticas y la baratura de sus góndolas; pero, rica en cuantas cosas desea el estudio o el placer, Venecia sería la última residencia que escogería en Italia.»

Criterio concordante con el que Chateaubriand se fraguó durante los cinco días de estancia, en julio de 1806, a punto de embarcar para Atenas y Tierra Santa. En carta enviada desde Trieste a su amigo Bertin, le participa:

«Si no me equivoco, Venecia te desagradará tanto como a mí; es una villa «contre nature». No puedes dar un paso sin tenerte que embarcar, de no resignarte a dar vueltas y más vueltas por angostos pasajes, más semejantes a pasillos que a calles. Su cielo no es el de más allá de los Apeninos y nada de antigüedades. Roma y Nápoles, querido amigo, y un poco de Florencia; he aquí toda Italia.»

(13) NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE: *Viaje de España, Francia e Italia*. Madrid, 1807.

Los ingleses en Italia.

Todo fumador empedernido conoce la imposibilidad de desprenderse de la noche a la mañana de una adicción enraizada por el hábito. Lo mismo el viaje en una sociedad. Tan intensa resonaba la llamada de Italia en algunos oídos ingleses, por fuerza reclusos en su isla, que bastantes no la pudieron resistir a pie firme y estáticos. Hubo isleños que una vez amortiguado el pánico producido por la ruptura de la Paz de Amiens, se aventuraron a acercarse por vía marítima a algunas partes de Italia, limpias de tropas francesas.

Para sus fines, dispusieron la complicidad de los servicios entre Inglaterra y Malta, realizados por la inoperancia de los residuos de la flota francesa eliminada en la rota de Trafalgar. Desde Malta, fácilmente abordable, Nápoles, soleado y populoso, resultaba cómodamente accesible para ingleses, desde que envalentonados por la flota anglo-rusa que ancló en el puerto de su capital, los acogedores monarcas, Fernando y Carolina, denunciaron el tratado de neutralidad que les hacía partícipes en las aventuras de Napoleón.

Entre otros se benefició del respiro el poeta Samuel Taylor Coleridge, que reposaba en Malta un sistema nervioso descabalado por el abuso del laúdano y la claustrofobia contraída en su isla natal. El 20 de noviembre de 1805 se alojaba en el albergue napolitano «d'il Sole», con vistas al Vesuvio y al mar, y el día de Navidad salía para pasar en Roma dos semanas nada más. Vista la calma, prolongó su estancia en la Ciudad Eterna por cuatro meses y medio, huésped frecuente de Guillermo Humboldt, embajador prusiano ante Pío VII, y notable por demás, que agasajado también por el embajador francés, tío de Napoleón, laxitud tal reducía a papel mojado los términos del tratado antibritánico impuesto a los Estados italianos por Napoleón. Tanto es así, que Coleridge, con otros compatriotas, se atrevió a hincarle el diente al fruto prohibido con mayor hondura, realizando una gratísima gira hasta Florencia y Pisa, sin entorpecimiento alguno.

Hasta que Bonaparte se cansó de verificar el poco caso que se hacía a sus órdenes, y decidió subsanar la desobediencia con su energía habitual. Correcto o no, pertinente sin duda alguna consignar el motivo, que a juicio del ex secretario de la embajada francesa en Roma, disparó la cólera del Emperador:

«El primer pretexto del buscador de querellas —dice Chateaubriand— fue el permiso otorgado por el Papa a los ingleses, con los que el Soberano Pontífice estaba en paz, de venir a Roma con otros extranjeros» (14).

El 2 de marzo de 1806 Napoleón ordenaba a Pío VII el cierre de todos los puertos a los ingleses y la expulsión de británicos de todos sus territorios. Al rehusar el Papa dobelgarse al *diktat* del hombre al que había coronado como embajador en París, el 18 de abril, Bonaparte retiraba de Roma al cardenal Fesch, su embajador, y meses después las tropas francesas, con Murat al frente, reocupaban el reino de Nápoles. Por espacio de ocho años toda Italia quedaba herméticamente cerrada a los ingleses y a sus aliados.

Turismo francés.

El vacío turístico originado por la anglofobia napoleónica lo llenó de modo precario cierta afluencia de turistas franceses reforzada por súbditos del Emperador de varia nacionalidad. Vistos en conjunto son numerosos, pero su condición turística no siempre tan explícita como el viaje de Mme. de Stael en 1805, con dos amigos y tres hijos de corta edad. En muchos casos, su turisticidad se oculta camuflada bajo uniformes militares, diplomáticos, etc.

Apto como nadie para encarnar en su persona y en plenitud al turista puro por Italia el egregio italomaníaco Stendhal, desde luego, en años previos a que popularizara su seudónimo. Cae por completo al margen del epígrafe el viaje realizado por Henri Beyle en la primavera de 1800, con su cacareado pase del Gran San Bernardo a la zaga del ejército del Primer Cónsul, que derrotaría a los austríacos en Marengo, en las afueras de Milán. En aquellos tiempos, el futuro escritor no era más que un mozalbete de diecisiete años, ya disfrutando del primer enchufe de los muchos administrativos que detentó empleado en la intendencia del ejército francés. Los viajes de Stendhal, que ingresan de lleno en categorías turísticas, los realizó más tarde y motu proprio. El primero, en 1811. Deseoso de revistar el país de sus amores, Mr. Beyle había ahorrado, al efecto, la suma precisa para satisfacer su capricho. A fines de agosto, de su superior y pariente suyo,

(14) RENÉ DE CHATEAUBRIAND: *Mémoires d'Ultrasombe*. Libro XX, cap. 8.

obtuvo un permiso de cuatro meses, utilizado sin perder un minuto para trasladarse en viaje de diez días, de París a Milán, con libramientos por valor de 3.000 francos en su bolsillo. Se traslada a Mantua, Bolonia, Florencia, sigue a Roma y a Nápoles, y por Ancona, regresa a su idolatrado Milán. Desde allí escribe a hermana Paulina:

«Quien por casualidad posea una camisa y un corazón, ha de vender la camisa si es preciso para ver los alrededores del Lago Maggiore, Santa Croce, en Florencia; el Vaticano, en Roma, y el Vesubio, en Nápoles.»

Un mes antes la había escrito desde Roma:

«He visto las loggias de Rafael y he llegado a la conclusión de que hasta la camisa si fuera menester habría que vender para verlas, o para volverlas a ver si se las ha admirado. Lo que más me ha emocionado en mi viaje por Italia ha sido el canto de los pájaros en el Coliseo.»

En el otoño de 1813, averiada la salud por las penalidades sufridas en la retirada de Rusia, Stendhal retorna a Italia para reponerla, en viaje también peculiar. Esta vez se llega hasta Venecia, que no conocía y que poco le gustó.

Lo que en este escrito interesa sobre todo resaltar es que en ningún párrafo de su «Correspondence» o de su «Journal» hable para nada de peligros o sinsabores, quedando claro que en ambos viajes recorrió sin contratiempo alguno una Italia totalmente pacífica y transitable.

Transporte italiano.

El transporte era relativamente barato. Se lo aseguraba en 1803, desde Lyon, Chateaubriand a un amigo, al facilitarle información práctica:

«El viaje a Italia es poco costoso. Sale de aquí para Florencia una diligencia, que pasa por Milán y que te deja en Florencia por cinco luises. Se encargan del equipaje y dicen que tratan bien al viajero. En Florencia se encuentran cabriolets que en dos o tres días te llevan a Roma por un precio módico. De suerte que llegas al Capitolio por diez luises a lo sumo.»

Desde los tiempos de Montaigne, podía desplazarse de modo más barato recurriendo a la forma típica de locomoción dentro de Italia, un

sistema lento, pero que presentaba la ventaja de la libertad de movimientos y conocer de antemano el coste total del viaje *tout compris*. Ológrafo o verbal, bastaba concertar con el *vetturino* de turno, una especie de *forfait*, que englobaba el alquiler del carruaje y el alojamiento y comidas *en route*.

Se conocen infinidad de ejemplares de este tipo de contrato. Sirva de modelo el suscrito con fecha 22 de diciembre de 1808, entre Mme. Hugo y Luigi Bugamali. Testifica el documento, que por treinta lises franceses, el *vetturino* quedaba comprometido a transportar en dieciocho días, y desde Nápoles a Milán, a la señora contratante, a sus tres hijos varones y a su doncella, cinco personas en total, asegurándoles las comidas y dormir en tres camas limpias, reservándose el derecho a alquilar el asiento al lado del conductor, «a cualquier persona honrada».

Tales fueron las condiciones en las que Víctor Hugo pasó la Navidad y Año Nuevo de 1809, en compañía de su madre, la esposa del general Hugo, que se hallaba ya en Madrid, como de costumbre, lo más distante posible de su cónyuge.

Las molestias que comportaba desplazarse por una península cuyas legítimas autoridades se veían desautorizadas por otras extranjeras impuestas «*manu militari*» las comprobó el americano Robert Semple al entrar en Roma en diciembre de 1805, por la Porta del Popolo:

«Al examinarlos los pasaportes, observé que la puerta estaba atiborrada de soldados franceses de guardia, mezclados con unos pocos de las tropas del Papa, quienes, por guardar las formas, hacían su deber de concierto con los otros.»

Ningún problema viajero más enojoso que el de la inseguridad personal, especialmente enquistado de Roma para abajo, no eliminado hasta que las tropas francesas se hicieran con el control de la situación.

Los «*banditti*».

Toda situación bélica, en estado endémico, tiende a fomentar la erupción de salteadores de caminos, máxime en comarcas como el «*mezzogiorno*» italiano, provistas con rica solera en la actividad. Sentimientos nada idealistas, camuflados bajo una veta de patriotismo y de odio

al extranjero invasor, obtuvieron en zonas rurales la complicidad de vastos sectores de la población indígena. Facilidades para obtener armamento, y reclutar desertores, posibilitaron la aparición de unas promociones de auténticos y pintorescos *banditti*, en absoluto refractarios a la oportunidad de despojar de dinero y efectos pignoraes a los inermes visitantes de su país.

Un viajero anónimo de Pennsylvania, que en compañía de su familia viajó extensamente por Italia en la primavera de 1802, relata la inseguridad de los caminos italianos al narrar la etapa reina de su gira:

«Salimos de Roma al amanecer en el «Procaccio», la línea de diligencia entre Roma y Nápoles, ya que por miedo a los ladrones que infestan la frontera entre estos reinos es preferida a viajar en coche privado. Ibamos en caravana bajo la protección de ambos gobiernos, formando un tren de seis decrepitas diligencias y un vagón de equipajes. A nuestra cola se incorporaron varios coches particulares, con el objeto de beneficiarse de la escolta militar que se cambia en la frontera» (15).

Lo normal era viajar con cartas de crédito en lugar de dinero, y personajes de campanillas, susceptibles en caso de percance de tener que abandonar rescates de consideración, preferían viajar bajo nombres supuestos. Lo que explica que nada menos que Madame Mére, la madre de Napoleón, saliera el 13 de marzo de 1804 de París a Roma, provista de un pasaporte extendido «a favor de la Signora Roccaboni, que se dirige a Roma acompañada de un secretario, un médico, dos damas de compañía y de dos camareras».

Justicia obliga a excluir de la nómina bandolera a «Fra Diavolo», el más célebre de todos ellos, merced a la ópera que lleva su nombre. No era en realidad el famoso «Diavolo» un facineroso, con vetas filantrópicas a lo Diego Corrientes, sino el competente brigadier Pezza, del ejército napolitano, que terminó sus días colgado de una maroma al ser capturado por el general Hugo, padre del poeta que inmortalizó el apellido, y artífice también, el general, del prodigio de limpiar el sur de Italia de banditti.

(15) *Travels from Paris through Switzerland an Italy in the years 1801 and 1802*. By a native from Pennsylvania. Londres, 1808.

Precios italianos.

Gran parte de las delicias italianas quedaban anuladas por la altitud y falta de seriedad de las tarifas de los servicios turísticos vigentes en la península. Particularmente en el ánimo de viajeros, como el anónimo de Pennsylvania, un gato escaldado, que en favor de futuros turistas, que en sus impresiones de viaje consignó datos preocupantes desde puntos de vista económicos:

«Salta a la vista que en Italia el expolio de viajeros ha sido organizado sistemáticamente. El intérprete que contrata tu hospedaje recibe durante tu estancia un estipendio. En Roma, el paje del cardenal que nos firmó el pasaporte para Nápoles, a la mañana siguiente nos visitó para desearnos buen viaje (esto es, para sacarnos una propina), y un ciudadano de Nápoles que me acompañó hasta un comercio, con más o menos rodeos me dio a entender que esperaba ser retribuido por su molestia. El guía que te procura un carruaje recibe una comisión de quien te lo alquila y cada sirviente que empleas paga un impuesto a tu 'guía-correo', molesto servidor de quien te recomiendo prescindas viajando con un 'vetturino'» (16).

Por su parte, Forsyth stampa en sus «Remarks» la desilusión que le produjo la visita al «Campidoglio», sede del Ayuntamiento y de algunos museos romanos:

«Imaginaba que el Capitolio de Roma, por pertenecer al pueblo, estaría abierto a todo el mundo; lo encontré bajo llaves, subdividido en diferentes parcelas, y arrendada cada una por diferentes granjeros. Los precios de entrada es un gasto serio para los curiosos en Roma. Se paga por ver al Papa, a los cardenales y a todas las demás antigüedades.»

La situación tendía a endurecerse según se profundizaba hacia el sur, y el mismo Forsyth refiere el caso de dos ingleses que entran en una tienda seguidos por un napolitano, quedándose tras ellos señalizando al tendero haberle traído dos pollos para desplumarlos. Salio el desconocido, con los *gentlemen*, como si les acompañara, volviendo al poco para embolsarse su parte del botín, abonado por el comerciante como estaba mandado. De no ser *vero*, se lo parecería a sus lectores por *ben trovato* y llover sobre mojado.

(16) *Travels from Paris through Switzerland and Italy in the years 1801 and 1802, by a native from Pennsylvania*. Londres, 1808.

En más de una ocasión, con dimensiones de riada. Tanto es así, que hasta llegó a exasperar a uno de los turistas más amables, sufridos y representativos del período, el joven Washington Irving. Al pisar en mayo de 1805 la honesta tierra suiza, tras una gira de seis meses por Italia, sobre las páginas de su «Diario» —no destinado a ser publicado— se sacudió el polvo de sus botines anotando con elocuente desgrado:

«Nunca hubiera creído llegar a abandonar Italia con tanto releite. Pero he sido estafado y extorsionado de modo tan cuantioso durante la integridad de mi viaje, que esta mañana me sentí dichoso al volver la espalda a todos los encantos de aquel país, sin experimentar el más leve pesar al pensar en las pocas posibilidades de volver a contemplar sus deliciosos paisajes» (17).

Como exponente del punto de vista alemán sobre el tema, quizá venga a cuento el testimonio de un aguerrido globe-tratter, que en 1802, generalmente a pie y con la mochila a la espalda, recorrió Italia de punta a cabo y el ojo avizor. Ya hacia el fin de su excursión, más onerosa de lo calculado, le supieron a rayos los exorbitantes precios que le cargaron en la posada milanesa en la que se alojó, experiencia nada nueva para él, pero a la que no terminaba por acostumbrarse como se deduce de su reacción a la vista de la cuenta que le presentaron:

«En el sur de Italia, y por Sicilia, pude protestar cuanto quise e insistir en mi condición de alemán. De nada me sirvió. Para los posaderos era siempre «il Signore Inglese» y la factura me era presentada de acuerdo con dicha teoría. Una por el estilo parece ser la idea prevalente en Milán» (18).

Dinámica del factor precio.

Dentro de su coincidencia, no dejan de sonar por su acritud extrema las quejas recopiladas bastante insólitas en boca de visitantes de regreso del edén turístico del pasado. Pudiera atenuar las fechas en que fueron proferidas, por ser napoleónica la era en que el turista, y quienes se

(17) W. IRVING: *Complete Works. Journals and Notebooks*. University of Wisconsin. Madison. Wisconsin, 1969.

(18) JOHANN GOTTFRIED SEUME: *Spaziergang nach Syrakus im Jahre 1802*. Edición inglesa *A Stroll to Syracuse*, 1964.

ganaron la vida sirviéndole, actuaron como dos especies antagónicas e irreconciliables.

Se deduce una respuesta plausible para semejante incompatibilidad, observando el ansia con que una gula exacerbada por el hábito, tritura un manjar por su parvedad incapaz de satisfacerla. Se trata de un fenómeno recurrente en zonas afligidas por sensibles altibajos en su turismo habitual, en las que el turista que aparece a destiempo o fuera de temporada, actúa como ruín ración para mantener en rodaje dispositivos montados para atender a cuantías visitantes de consideración. Prodúcese entonces, lamentables situaciones en las que la presencia del justo paga con creces la ausencia de los reos del delito, de no presentarse donde con tanta avidez se les espera.

Este injusto contrasentido podría elucidar la razón por la que la hospitalaria Italia se condujera como una *inamorata* desechada, vengándose de la frustración padecida por la incomparecencia de su clientela favorita, ensañándose con el bolsillo de los pocos entusiastas que en tan inoportuno momento cedieron a la tentación de visitarla.

No era exclusivo de Italia tan reprobable proceder. Un viajero, alemán esta vez, identifica en plena Francia al turista, cuya ausencia, y no por impulsos afectivos, sino por considerandos económicos, más deploraban los hoteleros y mesoneros de la Europa sometida al control de Napoleón.

En 1804, con el Imperio a la vuelta de la esquina, recorría los caminos franceses el dramaturgo Kotzebue, una especie de Aviraneta teutón, que además de escribir admirablemente para el público general, solía redactar de vez en vez otros escritos, por razones ajenas a su calidad literaria, estupendamente pagados por las autoridades rusas, a quienes en exclusiva iban destinados. Por no ser mal negocio el espionaje en tiempos de guerra, Kotzebue viajaba en coche alquilado y en posta, teóricamente, la manera más rápida y cómoda de hacerlo. Al sufrir en el tramo Lyon-París, transitadísimo por turistas extranjeros en tiempos pacíficos, las consecuencias de la sordidez prevalente en las posadas y mesones de las etapas, creyó descubrir la causa y estimó oportuno compartirla a sus lectores, apostillando malhumorado:

«Estas furiosas embestidas contra el bolsillo del extranjero provienen de la pobreza reinante y del exiguo número de viajeros, queja que se escucha por doquier. Los ingleses, que eran los que más viajaban, no pueden venir, y muchas otras personas, amantes del viaje, se ven privadas de este

placer a causa de la guerra. Los abusos cometidos por los posaderos han motivado que las personas pudientes y respetables no viajen por Francia en posta» (19).

Turísticamente considerado el proceloso período resultó mitad y mitad para el incipiente turismo suizo. La avalancha de «émigrés» proyectada sobre el país por la explosión del terror revolucionario de 1793, coincide con la obligada preferencia británica por la ruta del Rhin en sus desplazamientos a Italia; el itinerario escogido por nuestro pusilánime y perspicaz Moratín, que procedente de Londres desembarcó en Ostende el citado año y pasó por Suiza lo más de prisa que pudo. Le pareció el país poco atractivo y en Lucerna anotó en su «diario»:

«Toda la Suiza, en general, es muy pobre; las artes y el comercio pudieran haberla enriquecido; pero por desgracia imperdonable de los que la han gobernado hasta aquí, no lo han hecho.»

Como la mayoría de los viajeros de esta época, y las precedentes, el viajero madrileño encontró al país, rústico, infrapoblado y tirando a mísero, pero tranquilo y acogedor.

La Revolución en Suiza.

Hasta 1798 Suiza consiguió ser uno de los pocos lugares capaz de hacerle sentir al inglés a gusto y seguro. Santuario aniquilado de cuajo el 22 de enero de aquel año al invadir los ejércitos de la «Fraternité» Lausanne y al cantón de Vaud, con la pretensión de liberarlos de la tiranía de Berna. Los «liberadores» presentaron a los «liberados» una factura en forma de contribución abonable en metálico, argumentando en documento oficial «no es Francia lo suficientemente rica para liberar gratis a Europa». Su irrupción aventó el importante foco turístico ubicado en el triángulo Laussane, Ginebra y Chamonix.

El golpetazo no hacía más que iniciar una serie de calamidades. El 5 de mayo cae Berna en poder de los «sans-coulottes», y la campaña del invierno de 1799, ventilada mientras Bonaparte ganaba inútiles victorias en Egipto entre los ejércitos de Massena y los cosacos de Suvarov, asoló los valles donde se concentraban los recursos y la mayoría

(19) A. VON KOTZEBUE: *De Berlín a París en 1804*. Col. Austral, núm. 572.

de la población del país, dejándolo desmantelado y con la economía deshecha.

El bellissimo pueblo de Altdorf, por ejemplo, etapa clave en la ruta de Zurich a Italia por el San Gothardo, desapareció envuelto en llamas con sus cuatro afamadas posadas convertidas en escombros y ceniza. Algunos ingleses que visitaron Suiza durante la paz de Amiens, añoraban, como Yorke, los tiempos «cuando este país, ahora arruinado, era punto de cita de la mejor sociedad».

Suiza napoleónica.

Las condiciones en que se encontraba la Confederación Helvética al tomar Napoleón las riendas del poder absoluto bajo el título de «Mediateur», las comenta un historiador suizo en términos sobrecogedores:

«Suiza salía del período más trágico de su historia. Las guerras de los años de 1799 a 1801 habían sumido al conjunto de la población en tan espantosa miseria, que los diarios de la época publicaban recetas para preparar comidas con peladuras de patatas y los hijos de los pastores de la Suiza oriental salían a mendigar por los caminos» (20).

Ansioso Napoleón de no complicar más sus problemas internacionales con una Confederación hostil trató a los suizos con relativa blandura. Les dio una Constitución unitaria y menos severidad en el control policíaco que en otros dominios. La neutralidad nominal de los suizos les permitió ofrecer residencia a algunos grupos de emigrados franceses, que desarraigados de su patria entretuvieron su exilio viajando cuanto las circunstancias se lo permitieron. Lo que no les pudo aliviar Napoleón fueron las consecuencias del bloqueo contra los ingleses, particularmente duro para un país desprovisto de marina y lejos del mar, y la edición de una guía alemana de Suiza advierte a los visitantes, que «por razones fáciles de comprender, el precio de casi todos los artículos necesarios para la vida es mucho más elevado en Suiza que en otros países europeos» (21).

(20) PIERRE GRELLET: *La Suisse des Diligences*. Laussane, 1921.

(21) DR. J. G. EBEL: *Manuel du Voyageur en Suisse*. 1805.

Un modesto despegue.

La carestía del país y la ausencia de ingleses no fueron impedimentos suficientes para privar al país de visitantes. Los suizos, como una premonición de mejores tiempos por venir, pusieron en juego su paz y su neutralidad para recibir con decoro a un número creciente de turistas de diversas nacionalidades.

Rebrotó un pequeño centro turístico en la villa de Unterseen, cuando Interlaken aún no era más que una verde pradera a orillas del romántico lago de Brienz, presidida por las ruinas de una pequeña iglesia conventual. La autora suiza más célebre de la época, obligada a no salir de Suiza por orden de Napoleón, apareció por allí para presenciar una fiesta típica de nombradía y tomó nota de la presencia de otros visitantes de menos fugaz condición:

«Llegamos a Unterseen, y el ruido del Aar cayendo en cascadas en torno a esta pequeña villa, disponía el alma a impresiones soñadoras. Los extranjeros se alojaban en gran número en casas de campesinos, muy limpias pero rústicas. Era bastante cómico ver pasearse por la principal calle de Unterseen a jóvenes parisinos, transportados de repente a los valles suizos, sin oír más ruido que el de los torrentes ni ver otra cosa que montañas, y procurando aburrirse en aquellos solitarios parajes lo bastante para retornar al mundo con mayor placer» (22).

Descubrimiento turístico del paisaje.

No pudo errar más en su observación la escritora cuando justamente contemplar torrentes y montañas proporcionaba mayores dividendos a los cantones suizos. Visitando glaciares en 1806 se encontraba Chateaubriand cuando decidió romper sus tenuas relaciones con Napoleón, lo mismo que Charles Nodier, y montes y lagos atrajo por aquellos pagos en 1807 y 1808 a Mme. Vigée-Lebrun, la exquisita retratista de María Antonieta refugiada en Italia.

El sentimiento romántico hacia la Naturaleza, generado por el «Sturm und Drang» de Goethe y Schiller, autor del «Guillermo Tell», impulsó hacia Suiza a una caudalosa corriente turística de nacionalidad alemana.

(22) MME. DE STAEL: *La fête d'Interlaken*. «De l'Allemagne».

Espigando por entre una apretada nómina de viajeros de selección relacionados en una admirable obra sobre el turismo suizo, entre los personajes alemanes que sin auxilio de manuales o enciclopedias más me suenan, tropiezo con los nombres de Holderlin (1801), von Kleist (1802 y 1803), Kotzebue (1804), el filósofo Schopenhauer con su madre, la antipática novelista Johanna (1804), Wilhelm Schlegel (1807), el compositor Weber (1811), von Chamisso (1812), en otras palabras, la plana mayor de la cultura germana (23).

Seguía vigente la manía de visitar las orillas del lago Lemán con la «Nouvelle Héloïse» de Rousseau en la mano, y en un puño el corazón. Boga aprovechada en 1812 por G. B. Dopping, un alemán residente en París, quien al regreso de una excursión por Suiza publicó un acreditado «Voyage», profusamente utilizado como guía del país. Entre los sabrosos detalles que valoran su obra, consta la experiencia vivida a su paso por una de las innumerables residencias de Rousseau en su país de origen. Fiel a la costumbre viajera de la época, el autor realiza su consabida peregrinación al lugar en cuestión, lo que le da pie para desvelar la mecánica de un fenómeno registrable en puntos muy frecuentados por turistas:

«Es preciso desconfiar de lo que cuentan los habitantes de Val-de-Travers sobre el célebre escritor. Acostumbrados a las preguntas de los extranjeros, responden lo que bien les parece, limitándose la mayoría a repetir lo que otros extranjeros les han enseñado.»

El descubrimiento del paisaje en Suiza sirve de umbral a un capítulo decisivo en la Historia del Turismo. A una nueva sensibilidad Suiza enseñó un modo inédito de contemplar la Naturaleza. Muchos de sus visitantes encontraron al país como el viajero D'Escheny (1811): «Le lieu de la terre le plus savage, le plus romantique dans le genre sombre et terrible.» Aunque a primera vista no lo parezca, la más excelente recomendación para la vanguardia de los turistas, que bajo membrete romántico, de un momento a otro harían acto de presencia en el viaje de la época.

(23) G. R. DE BEER: *Travellers in Switzerland*. Oxford, 1949.

Sol y sombra en el turismo ibérico

Nada más cierto que a principios de siglo todo conspiraba al sur de los Pirineos para que pudieran prometérselas muy felices cuantos extranjeros visitaran la Península en un momento propicio para hacerlo. Únicamente la prevalencia de la mala prensa y de los estereotipos viajeros sobre la realidad de las cosas podría explicar una aleccionadora anomalía. La infrautilización turística de Portugal de los Braganzas y de la España borbónica, sosegada e ilustrada de Carlos IV, Jovellanos, Goya y Godoy.

El oasis español.

En 1800, décadas hacía que el país gozaba de una paz interna, y sobre todo exterior, que en período tan belicoso como el XVIII muy pocas naciones europeas pudieron vanagloriarse. Amainada a fines del siglo la agresividad de los ejércitos franceses de la Revolución, que ocuparon San Sebastián, Vitoria y Bilbao con la misma facilidad con que se retiraron, y orientadas más tarde las marciales aventuras napoleónicas por derroteros, como Egipto, distantes a los Pirineos, el remanso de tranquilidad hispana desplegaba ante el viajero europeo alicientes tentadores en grado sumo en una época turbulenta e inestable sobremanera (24).

Por España se viajaba con una seguridad y confort que se tardaría medio siglo en equiparar. La infraestructura viajera creada bajo el «laissez-faire» político de Carlos III y de su hijo por administradores de la competencia del Conde de Floridablanca, hicieron a las carreteras y a los servicios de transporte de viajeros merecedores de unánimes elogios de los pocos extranjeros que en plan turístico los utilizaron. En 1801, el alemán Fischer escribía de regreso en París: «Il n'y a pas trente ans qu'un voyage en Espagne était regardé comm' une voyage au bout du monde.» Bueno, hacía treinta años. Ahora todo había cambiado y para bien. Testigo de excepción un francés que durante varios años recorrió al revés y al derecho todo nuestro país, reco-

(24) Única nota turística discordante: la epidemia de fiebre amarilla que de 1800 a 1804 dejó inabordable a gran parte de Andalucía.

pilando datos de primera mano para confeccionar un excelente «Itinéraire» en el que consta el juicio: «Jamais l'Espagne n'a été plus florissant qu'elle ne l'est á present», complementado por una aguda observación: «España nunca sufrió decadencia, porque nunca alcanzó un grado eminente de prosperidad», incitante prognosis que más tarde desarrolló por cuenta propia don José Ortega y Gasset.

En el mismo texto, su autor, el conde de Laborde, precisó correctamente las causas del subalterno papel desempeñado por nuestro país en el turismo de la época inmediatamente anterior:

«Por lo general apenas se ven viajeros por España; pocos son los extranjeros que pasan. Durante mucho tiempo España se contó en el grupo de países olvidados; como no se encuentra en el camino hacia ningún otro reino, fue dejada de lado y ni siquiera entró a formar parte de los que los ingleses llaman el «Grand Tour» (25).

Una mala reputación.

No sólo condicionantes geográficos y viarios mantuvieron al turista puro alejado de la vertiente meridional de los Pirineos. Como en otras fases del pasado, el deterrente principal del turismo a España seguía siendo de índole subjetiva, o de propaganda negativa si se prefiere. Le espantaron la serie de truculentas naciones vigentes sobre el país de la Inquisición y de los caminos intransitables y de las execrables posadas anidadas en la mente del visitante potencial del país, un racimo de prejuicios, no carentes de fundamento antaño, pero de dudosa supervivencia en tiempo de los enciclopedistas, cuya literatura viajera no hizo absolutamente nada por contrarrestar.

Comprendía la tónica predominante en los relatos viajeros pre-románticos sobre España, un insigne geógrafo español, como buen ilustrado, ponderado y exento por completo de taras chauvinistas, quien con amplio conocimiento de causa se quejó con amargura, «de los libros de viaje por este reino que han publicado los extranjeros: ingle-

(25) ALEXANDRE DE LABORDE: *Itinéraire descriptif de l'Espagne et tableau élémentaire des différentes branches de l'Administration et de l'Industrie de ce Royaume*. Cinco volúmenes. 1.ª edición. París, 1808. 2.ª edición, 1809.

ses, franceses, italianos y alemanes hablan de España como pudieran de algún país del interior de Africa» (26).

Criterio confirmado en la parte que francesamente le toca por el marqués de Marcillac, que en 1802 emprendió su viaje a España con una precisa finalidad: «Ce bout était de comparer ce royaume avec ce qu'on a écrit», pues en su opinión, «he observado que hablarle de España a un francés es como hablarle de la China o de los patagones» (27).

Infraestructura turística.

Imperativos de la ley de contraste entre dos términos vecinos de comparación hacen particularmente interesantes las observaciones de viajeros franceses. Puede que, como se dice, la «Grande Révolution» hiciera prodigios en el plano político, imponiendo la «égalité» a base de guillotina y dilatando ampliamente, especialmente en el papel, los derechos civiles del pueblo llano. Pero es un hecho comprobable de que en materia de comunicaciones y transportes dejó a Francia hecha una verdadera calamidad. En España todavía se notaban los portentos en materia de carreteras realizados por el ingeniero Agustín de Betancourt y su equipo.

Los notó en 1803 el marqués de Marcillac, quien nada más trasponer el Bidasoa exclamó estupefacto: «Dejé en Francia un camino abominable; en la orilla izquierda encontré una soberbia calzada que me condujo a Irún, primera población española.» Si emitió una impresión pasajera no pecó de prematura. Continúa su ruta, y en una obra en la que para nada se habla de monumentos y similares, pero mucho de condiciones viajeras, reitera con énfasis mayor su apreciación primera:

«Me sorprendió encontrar caminos de gran belleza en un país que se me pintó desprovisto de estas muestras primarias de civilización. En las posadas construidas a cargo del gobierno, en algunos puntos distantes de lugares habitados, hallé ese lujo y grandeza que despliega el español en todo lo que es edificio oficial.»

(26) ISIDORO DE ANTILLÓN: *Elementos de geografía de España y Portugal*. Prólogo de la primera edición, 1808.

(27) P. L. A. DE CRUSSY (Marqués de Marcillac): *Nouveau Voyage en Espagne*. París, 1805.

Otro turista, inglés esta vez, también encontró a las carreteras españolas excelentes, términos que en la materia emplea con cierta asiduidad y aceptables a los hoteles de las grandes ciudades. Como otros congéneres, encomia en Barcelona el hotel de «Las Cuatro Naciones», acabado de inaugurar en el lado de las Ramblas, donde sigue aún en activo; elogia en Madrid «La Cruz de Malta», en la calle de Alcalá, y en Toledo la fonda construida por el cardenal Lorenzana, «to draw people to Toledo to visit its antiquities» (28).

A este viajero le fascinan las corridas de toros, literalmente goyescas, que presencia en la plaza construida al lado de la puerta de Alcalá, y en Barcelona admira la actividad de sus pobladores; «todo el mundo está en movimiento y bullen industrias en cada calle».

Al americano Robert Semple le llaman la atención en 1805 las puertas carolinas de Madrid y el Palacio de Oriente, «cuando lo terminen será ciertamente el palacio más magnífico de Europa». Celebra en su interior el Museo Real, más que por su valiosas pinturas, por las curiosidades de Suramérica que exhibe, entre ellas, el cetro y la copa de Moctezuma. Sobre todo le complace su accesibilidad:

«No exigen billete o dinero para entrar. Está abierto ciertos días a la semana, durante determinadas horas, durante las cuales toda persona con una apariencia tolerablemente decente puede visitarlo» (29).

En su recorrido de Lisboa a Madrid le impresiona la desolación del paisaje:

«Al viajar de una a otra población, sin separarlas ningún objeto que haga recordar la idea de presencia humana, las hacen comparar a las ciudades y pueblos de España, casi universalmente, a islas perdidas en el medio del océano.»

Pero enlazadas por unas carreteras que Semple califica de esta manera:

«Encontramos a las carreteras de Portugal en gran estado de abandono, mientras que en España, apenas pasada la frontera, viajamos por una excelente desde Badajoz a Madrid. Los portugueses no tienen escrúpulos en

(28) *A Tour thorough the Principal Provinces of Spain and Portugal performed in the year 1803*. Londres, 1806.

(29) ROBERT SEMPLE: *Observations on a Journey through Spain, and Italy, to Naples; and thence to Smyrne and Constantinople*. Londres, 1807.

reconocer la razón por la que, no sólo descuidan sus carreteras hacia España, sino que procuran construirlas por el terreno más difícil y rocoso. Como ellos dicen, no deseamos hacerles a los españoles un camino a Lisboa. Los españoles, por el contrario, construyen excelentes carreteras en todas direcciones desde su metrópolis a las fronteras, incluso hacia Francia.»

Notable coincidencia entre los juicios expuestos con el de lord Byron en carta escrita a su madre en 1809 y desde Gibraltar. «La carreteras (te lo aseguro por mi honor, pues no lo creerías) son superiores con mucho a las mejores inglesas, sin peajes ni gabelas.»

Turistas de viso.

En período de atonía viajera general constituye novedad cierta densidad en el tráfico turístico por España de alemanes de nota. Visitante particularmente representativo en 1800 el filólogo William von Humboldt, divulgador en su tierra de la literatura española del Siglo de Oro y de las excelencias de las ruinas de Sagunto y del monasterio de Montserrat, célebre en Europa por su viaje y tesoros. Todo un dato que al siguiente año regresara acompañado de su esposa e hijos en visita tan turística como la anterior. Su hermano Alexander había recorrido en 1799 la zona de Levante, residiendo en Madrid por algún tiempo. La correspondencia mantenida desde España por ambos viajeros con prominentes personajes alemanes de la época testifican la favorable impresión que les causó el país y las escasas incomodidades que padecieron en sus desplazamientos.

En 1803, aunque con menor intensidad que Suiza, y también de rebote, la península se vio favorecida por la presencia de algunos visitantes británicos ahuyentados de Francia por la ruptura de la Paz de Amiens. Peripecia tan dramática para ingleses determinó la entrada en noviembre de 1803, por la frontera catalana, del matrimonio Holland con sus hijos, a quienes la catástrofe sorprendió de visita por el sur de Francia. La aristocrática e influyente familia prolongó su estancia en España hasta últimos de 1804, y concluyó al percibir que en la península, donde lo estaban pasando en grande, la presión antibritánica de Napoleón cada vez estaba poniendo las cosas más feas para un inglés (30).

(30) *The Spanish Journal of Elizabeth Lady Holland*. New York. 1910.

En cambio, por aquellas fechas no abundaron los franceses, no militares, que se preocuparon de visitar a su ingenua aliada transpirinaica. Sin perjuicio de las enormes repercusiones promocionales que par el futuro del turismo andaluz revistiría el suceso, debe computarse como excepción el raudo paso, en la primavera de 1807, desde Algeciras a Irún del vizconde de Chateaubriand, al regreso de su gran gira por Oriente y Tierra Santa. Debe tenerse en cuenta que la inserción del romántico interludio granadino (treinta y seis horas exactamente) lejos de estar programado, lo motivó una interpolación de última hora. Lo produjo cierta cita concertada desde Túnez con su flirteo de turno, la vizcondesa de Noailles, que, lejos de su marido, se encontraba haciendo turismo por Andalucía, acompañando a su hermano (un pretexto como otro cualquiera) el conde de Laborde, que trabajaba en su «Itinéraire» y su «Voyage Pittoresque», destinados al uso de viajeros — ¡ay dolor! — nunca venidos por culpa de Napoleón.

Un dato válido para fijar en sus justos límites la densidad numérica e intelectual del turismo francés por España radica en que para Chateaubriand la Alhambra constituyera una sorpresa imprevista. Lo confiesa el propio interesado en carta fechada en Pau el 11 de mayo de 18807, redactada a los pocos días de trasponer la frontera de su país:

«J'ai vu en Espagne les ruines de Grenade, qui sont un véritable enchantement; l'Alhambre est un palais de fées; c'est une chose dont je n'avais aucune idée et que n'existe que dans ce coin du monde.»

Sintomático que tras su, por tantos conceptos, romántica aventura granadina, el viajero francés, esforzado si los hubo, jamás volviera a poner sus pies sobre territorio español.

El turismo en Portugal.

Conforme la política internacional de Napoleón se sintetiza en ir desalojando a los ingleses de todo punto de apoyo en el continente, el interesante foco turístico surgido en Portugal, apenas estudiado, ilustra de modo práctico la resistencia del turismo a desaparecer.

El hecho de que Portugal se pusiera de moda en Inglaterra descansa en bases de cierta firmeza aparte de la penuria de alternativas

viajeras. Por de pronto, Oporto y Lisboa poseían algo carente en España y otros países europeos. De unas nutridas colonias comerciales británicas, dedicadas a la exportación de vinos, y más de tapadillo, el comercio de un producto no consumido en la Gran Bretaña, pero que irrogaba fabulosos beneficios a quienes intervenían en él como intermediarios; el tráfico de esclavos desde África a América. Renglones comerciales todos ellos de los que se derivaban frecuentes servicios marítimos que forzosamente escalaban en puertos portugueses, aprovechados por bastantes ingleses para quienes la idea de renunciar de plano al viaje de placer les resultaba por lo visto totalmente inaceptable.

Cuatro temporadas pasó en Lisboa y alrededores el multimillonario turista William Beckford, otras tantas el poeta Southey, una, memorable, lord y lady Craven, acompañada de su *cher ami*, el margrave de Anspach. El caso del duque de Sussex, hermano del rey, lo diferencia por haber establecido en Lisboa residencia fija convencido de que a su asma las brisas atlánticas del sur de Europa le sentaban de maravilla.

Son los citados nada más que cabezas de serie de un brillante tráfico turístico de gran pureza y con tendencia a la expansión, que una escritora de la misma nacionalidad retrata con pinceladas de plasticidad suma:

«Desde principios del siglo, y hasta la ocupación francesa, Lisboa alcanzó su cúspide como centro de vacaciones del «beau monde» inglés. Con opulentos enfermos, con elegantes ricachones llegados a la zaga de los duques de Sussex y Kent, bailando y jugando fuerte hasta altas horas de la noche apostando sobre el próximo movimiento de Bonaparte, congregado el clan intelectual en torno a la embajada británica, con visitantes ocasionales como lord y lady Holland, la brillante condesa de Errol, etc., no podía calificarse de aburrida a una sociedad que frecuentaba la corte en Queluz, visitaba las hermosas quintas de la aristocracia y hacía excursiones a Santarem, Setúbal, Alcobaça, Batalha, Coimbra, y, por supuesto, a su adorada Cintra. En resumen; los ingleses formaron en Lisboa la alegre, lujosa, divertida y risible «clique» que la alta sociedad inglesa se las arregla para formar en cuanto lugar sienta sus reales» (31).

Poblado por semejante contingente, el oreado barrio de Buenos Ayres, hoy distrito de Lapa, se transformó en un enclave inglés, y

(31) ROSE MACAULAY: *Tbey, went to Portugal. Londres, 1946.*

Southey, observador de sus actividades desde un punto de mira un tanto marginal, las comenta en tono desaprobatorio: «Los ingleses ricos están aquí; conocen muy poco del país y nada de su literatura».

El poeta, antiturístico como todos los que en su tiempo practicaron el turismo con intensidad, pretendía ignorar que sus vecinos no habían acudido a Lisboa precisamente para educarse, sino para distraerse y participar en la vida local únicamente disfrutando de las diversiones que la capital ofrecía. No demasiadas. Opera, buena y en abundancia, y sangrientas corridas de toros; cierto que a los astados los lidiaban embolados, pero con achuchamiento de rejoneadores, forçados, jaurías de perros y toda suerte de antiestéticas suertes para hacer morir a las reses en el ruedo.

En carta a su hermano Thomas (junio 100), Southey resumió en un par de frases la impresión que le causó la corrida a la que asistió con su esposa, y diríase que de modo actual reveló el efecto que aquellos espectáculos producían en el ánimo de sus compatriotas:

«Es un deporte despreciable; y diré en honor de los ingleses de aquí que a todos desagrada; raramente un inglés o una inglesa va a verlo por segunda vez» (32).

El edén de Cintra y Lisboa moderna y señorial.

A un hombre que por lo común le hicieron poca gracia las cosas de Portugal, en cambio Cintra le arrebató y extasía: «Mi paraíso, el cielo en la tierra para mis esperanzas, el lugar más bendito en el habitable globo», rapsodiza Southey en una de sus cartas, para añadir en otra: «Cintra es un sitio demasiado bueno para los portugueses. Sólo es digno para nosotros los godos; o sea, para alemanes e ingleses».

Otro turista inglés, procedente de España, concurre en Cintra con el lado más positivo del criterio de su compatriota:

«Han sido muy celebrados los alrededores de Lisboa y hay que reconocer que en todos los respectos merece Cintra los cálidos elogios que se derraman sobre ella. Es un lugar bellissimo e interesante; una montaña cubierta hasta media ladera de jardines y villas y sobre ellas rudos y pintorescos peñascales.»

(32) ROBERT SOUTHEY: *Journals of a Residence in Portugal* 1800-1801. Oxford, 1960.

Juicios de distinto diapasón le inspira Lisboa, que tenía fama de sucia y abandonada. Los destrozos del terrible terremoto de hacía medio siglo aún no habían sido reemplazados por las construcciones nonocentistas que tanta gracia romántica infunden en la bella ciudad:

«El hedor de las calles de Lisboa es un fuerte antídoto contra la curiosidad. Después de un tour por Italia y España muy poco hay en esta ciudad que complazca y excite el interés. Su situación es ciertamente envidiable, pero le faltan edificios eminentes y las riberas del Tajo son demasiado llanas y estériles» (33).

Si entre visitantes de paso, Portugal y los portugueses inspiraron escasos cumplidos, no así para el círculo cerrado de los ingleses en vacación, que consideraron a su pequeño enclave turístico punto menos que un paraíso, como tantos otros, destinado a perecer en breve plazo a manos de Napoleón.

Concretamente, en noviembre de 1807, al invadir Portugal el general Junot, ex embajador francés, con un ejército reforzado por tres divisiones españolas, con la misión de cerrar a los ingleses los puertos lusitanos y capturar a cuantos encontraran por tierra. Estos no esperaron su llegada ni tampoco el Príncipe-Regente, don Juan de Braganza, que se la jugó de puño al Emperador. Dos días antes de entrar los franceses en Lisboa, don Juan, con su madre, la reina loca doña María I, toda la familia real y la corte al completo, se dijo que acompañado de varios miles de personas en total, el bien aconsejado Regente huía al Brasil transportado por una potente flota inglesa.

Hasta en materia turística un estrecho paralelismo enlaza durante el siglo las Historias de España y Portugal. Las limitadísimas posibilidades que para el turismo presentaba España quedaban cercenadas de cuajo muy pocos meses después. Exactamente el 2 de mayo de 1808, al sublevarse el pueblo de Madrid contra las tropas de Murat. Ambos sucesos significaron dejar a la Península Ibérica totalmente fuera de combate para el turismo.

(33) *A Tour through Spain and Portugal performed in the year 1803*. Londres, 1806.

La industria hotelera.

Inútil negar el moderado progreso experimentado por la hostelería durante la época napoleónica. Sobre todo en París, escaparate de un Imperio sumamente preocupado en impresionar favorablemente a sus visitantes, de la clase que fueran. Además del espacioso y palacial Richelieu, y muchos otros relacionados en los anuarios comerciales, en la zona del faubourg St. Germain operaban una nube de *hotels garnis*, patrocinados por los visitantes de una capital trasnochadora en la que si la bolsa aguantaba, era una delicia cenar en sus afamados restaurantes.

Viajeros experimentados notaban por toda Europa un cambio sensible en la nomenclatura de los hoteles. La antigua anglofilia predominante en sus rótulos se había esfumado detrás de otros más en consonancia con la situación, como el «Hotel des États Unis», de la calle de les Victoires.

En materia de precios se dio un distingo que procede puntualizar. Los mejores hoteles y restaurantes de las capitales europeas, sin bruscos saltos en sus coeficientes de ocupación, parece que lograron mantener las tarifas a tolerables niveles. Por lo menos, pocas quejas válidas se registran sobre el particular. Lo peor era *en route*, o en campo *abierto*, en los establecimientos que por su campestre rusticidad llamaríamos hoy típicos, cuya tipicidad radicó entonces en su total igualdad; en la igualdad de trato al viajero que paró en ellos exento de signos externos de pobreza o de vecindad. Estas industrias compensaron su infrautilización tirando con bala, y a dar, contra cuanto en forma de extranjero de paso ingresó en su campo de tiro tarifal.

Exorbitancias en absoluto justificadas por la baja calidad de sus servicios. En 1814, a últimos del período, un visitante inglés, buen conocedor de la Francia del *ancien régime*, fundamenta en insuficiencias en la demanda las deficiencias en la oferta, que observa en los *relais* franceses de carretera:

«La posada francesa ha mejorado poco. Se debe a que aún no hay en Francia más que dos clases sociales. Los pertenecientes a la primera viajan de chateau en chateau. Los otros se las apañan como pueden. Es nota la falta de una clase media que imponga en las posadas los confortos y elegancias de la vida» (34).

(34) *The Italian Journal of Samuel Rogers*. Publicado en 1956.

Auge balneario.

Ninguna Historia de Turismo podrá envanecerse de abarcar las facetas esenciales del tema, si al tratar de fechas previas al siglo XX omite la obligada mención del termalismo, entendido no en función terapéutica, sino como revulsivo y catalizador de importantes corrientes turísticas.

Se trata de una norma historiográfica de aplicación general. Descansa en que de siempre caracterizó a los buenos balnearios enclavarse en paisajes de calidad potenciados por alojamientos de categoría. Un hecho que les hace acreedores a ocupar un puesto singularmente activo en la dinámica de los viajes de placer.

Incuestionable la fase ascensional vivida por los balnearios en la era napoleónica. Si Spa, enclavado en ruta de gran tráfico militar, declinaba privado de su tradicional clientela británica, los balnearios ingleses, con Bath al frente, disfrutaban de inusitada bonanza, cierto que de mal encaje en una estructura turística de altos vuelos por la nacionalidad uniforme de sus distinguidos agüistas.

No así balnearios como el saboyano de Aix-les-Bains, altamente favorecido por los napoleónidas y sus séquitos. El año que comenzó la Guerra de la Independencia española, en él se reunía la emperatriz Josefina con su bellísima cuñada, Paulina Borghese, la hermana de Napoleón, como Mme. Recamier, asidua concurrente al establecimiento. Ya en calidad de ex emperatriz, Josefina buscó en el mismo lugar consuelo para su divorcio. Esta vez la acompañaba su hija Hortensia, que acababa de dar estado oficial a la ruptura con su esposo, Luis Bonaparte, un verdadero maníaco de las aguas termales por causas ajenas al turismo.

Gracias a la brevedad de las campañas napoleónicas en suelo alemán, fulgurantes como fustazos asestados en puntos muy concretos del territorio, los balnearios germanos, al socaire del juego que en todos ellos se practicaba, prosperaron que era un primor. En 1808, Baden-Baden instalaba un casino en un antiguo convento de jesuitas, y el vecino Wiesbaden, reconstruía los destrozos que le infligió la campaña del Rin, erigiendo en 1810, con el mismo fin, su espléndido «Kursaal» neoclásico. Índice del empaque de los hoteles balnearios del período que a un teórico alemán del turismo impela a escoger al

«Badisher Hof», inaugurado en Baden-Baden en 1810, como antecedente consumado de hotel moderno (35).

En cuanto a *bon ton* y distinción, parece ser que el balneario austríaco de Carlsbad preservó su preeminencia durante todo el período. La edición de 1802 de la guía Reichard asegura que en la temporada de 1799-1800 acudieron a los baños 3.000 *étrangers*. Elogia los numerosos hoteles que relaciona y es de presumir que su concurrencia se incrementaría en años sucesivos, al *compás* de las mejoras que se llevaron a cabo en el recinto balneario. Según la misma guía, una impecable política de libre mercado regía las tarifas hoteleras:

«El precio de los alojamientos, bellamente amueblados, por lo general, varía a tenor del número de personas que toman los baños y según la temporada. Durante el mes de agosto, los precios son infinitamente más módicos que en junio y julio, cuando la afluencia es prodigiosa» (36).

Y menos intenso, con toda probabilidad, al olor a huevos putrefactos, distintivo del rey de los balnearios.

Negocios turísticos.

Asombroso que tantas cortapisas viajeras dejaran resquicio para seres imbuidos de una fe ciega en la posibilidad de realizar comercio con el turismo, en décadas contraindicadísimas al parecer para semejante clase de empeños.

Evidentemente los hubo en práctica y teoría. En 1804, año en que el joven Primer Cónsul se ganaba el ascenso al solio imperial, el autor Kotzebue, camino de París, abandonó Heidelberg barajando en su imaginación los altos gastos que exigiría la restauración y consolidación de las ruinas del gigantesco castillo que domina el río Neckar y la ciudad y de su parque adyacente. Consciente de lo cuantioso de la cifra precisa, propugna, no obstante, su inversión indicando que el monumento «atrae multitud de extranjeros adinerados» (37).

Notable coincidencia. Al visitar Chateaubriand el mismo turístico año de 1804, por vez primera las excavaciones de Pompeya, el viz-

(35) HANS MAGNUS ENZENSBERGER: *Una teoría del turismo*. Franckfort, 1962.

(36) *Guide des Voyageurs en Europe par Mr. Reichard*. Weimar, 1802.

(37) KOTZEBUE: *De Berlín a París en 1804*. Col. Austral, núm. 572.

conde estampa en su «Diario de Viaje» una serie de sugerencias, plenas de sensatez y sentido comercial, expresivas de que si las excavaciones se realizaran de manera menos chapucera y más bríosas, «con el objeto de presentar al visitante una ciudad romana conservada en su integridad, como si sus habitantes acabasen de abandonarla un cuarto de hora antes de la catástrofe, los gastos que exigiría la puesta en práctica de este plan serían ampliamente compensados por la afluencia de extranjeros a Nápoles» (38).

Volvamos a Kotzebue. Una vez instalado en un hotel de París, el dramaturgo enumera las amenidades que la capital presentaba para el turista, así como algunos ingeniosos dispositivos arbitrados para facilitarle su estancia. Hasta parece hablar como cliente complacido al escribir:

«Es muy grato para un extranjero recién llegado, en lugar de tener que afanarse buscando alojamiento por sí mismo, procurárselo en el 'Bureau des Affiches', que le evita la molestia mediante una pequeña remuneración.»

Útil servicio sin duda alguna en ciudad afligida por gran penuria hostelera a causa de la afluencia de visitantes. Con asombro parecido al que la noticia producirá en el lector, el mismo Kotzebue descubre en la capital francesa un curioso precedente empresarial, mezcla didáctico-mercantil de Agencia de Viajes con algo todavía más moderno como un Club de Viajes, maridaje que aunque de lejos recuerda mucho el modo con que son entendidas y explotadas hoy ambas modalidades:

«Durante mi estancia en París —informa el viajero alemán— un caballero que antes perteneció al ejército, anunció la apertura de un establecimiento que, con el nombre de 'Propylée', o 'Gabinete del Viajero', a todo aquel que tuviera intención de viajar, ofrecía las instrucciones pertinentes, tales como información sobre carreteras, principales curiosidades, monumentos y paisajes más hermosos, procurándole incluso cartas de recomendación que podrían serle de gran utilidad. Además de todo esto, le facilitaba clases de idiomas, historia, oditología (ciencia del viaje), pudiendo asistir a dos reuniones literarias mensuales así como a dos conciertos.»

(38) CHATEAUBRIAND: *Voyage en Italie*.

Simplemente fabuloso. Pero ¿qué sería preciso para acceder a la nueva y sugestiva ciencia de la oditología? A despecho de la esoteria de su nombre, nada más sencillo; dinero:

«Pagando doce francos al mes puede uno inscribirse como discípulo u oyente, y abonando una mitad más pueden llevarse señoras.»

Lástima se carezca de esclarecimientos acerca de si prosperó o no el imaginativo negocio, uno de los intentos, si no más serios, más peregrinos e inesperados en el gradual proceso mercantilizante del viaje turístico. No parece que el Propfleo parisino alumbrara imitaciones con ánimo competitivo. Imaginemos se trató de una iniciativa de tantas nacida con la virtud, rara vez renumeradora, de anticiparse demasiado a sus tiempos.

Las guías turísticas.

Un tanto al sesgo, también incide en campo económico la manufactura de un subproducto turístico en absoluto interrumpido en la era napoleónica, como hubiera sido normal de acuerdo con las intimidantes imágenes que sobre ella barajamos. Se comprende que en el siglo anterior la impresión de guías turísticas alcanzara respetables niveles cuantitativos plasmados en la miriada de títulos publicados; lo anómalo es que siguiera ofreciendo rentabilidad editarlas en período en el que se supone que casi nadie viajó por gusto. Desdice de la presunta atonía turística vivida por la era que en Francia, Italia y Alemania persistieran imprimiendo considerable número de guías sobre Alemania, Italia y Francia.

Igualmente sobre Suiza. El reconocimiento a la Confederación Helvética, por el único que pudo hacerlo, del derecho a mantenerse neutral en las guerras que él mismo organizó, la favoreció singularmente en la materia. Además de cabeza de serie, modelo en su género, el famoso «Manual du Voyageur en Suisse» (1805), del Dr. Ebel, un médico alemán establecido en Zurich, cuyo subtítulo prometía al usuario «las directrices necesarias para recoger todo el fruto y todos los goces que puede prometerse un extranjero que recorra este país».

Hechos cuya exacta dimensión se constata cotejándolos con otro paralelo de signo contrario. El no publicarse ni una sola guía durante

estos años referida a Inglaterra o a la Península Ibérica, de no ser la reedición, en 1809, de los cinco tomos del «Itineraire» de Lobarde, texto de utilidad suma para la burocracia de un ejército de ocupación.

Proyección literaria de un turismo en precario.

Cierta notable peculiaridad del turismo napoleónico, proyectada sobre el papel impreso, prefigura el espíritu de la fase romántica que le seguirá. Por vez primera supone negocio de monta la edición de ciertas obras, de límpido linaje turístico, producidas durante un período que a tanto turista de pura raza mantuvo en sedentarismo forzado. Al no serle posible a una sociedad acostumbrada a hacerlo, el viaje se erige en sujeto literario de superlativo atractivo. Mientras por el continente campó Bonaparte por sus respetos, no cesaron de aparecer libros de viajes de calidad literaria hasta entonces insólita en el género, que además de procurar saneados ingresos a sus editores, proporcionaron a sus autores una gloria literaria hasta entonces totalmente inalcanzable en esta clase de obras.

En la lista de «best sellers» de una época delirantemente lectora, destacan en eminente lugar el «Obermann» (1804), de Sénancour, que puso por las nubes a las cimas de los Alpes suizos, y la «Corinne, ou de l'Italie» (1807), de Mme. de Staël, una novela de corte románticoide, protagonizada por un turista inglés y una poetisa romana, que desarrolla su trama en perfecta simbiosis con las maravillas turísticas del país de Otelo y de Romeo y Julieta, de hecho, el principal sujeto al que sirve de fondo o pretexto el ardiente idilio arqueológico-cultural que los personajes hilvanan al filo de un largo recorrido turístico por la península.

Lo mismo cabe decir del «Childe Harold's Pilgrimage», de lord Byron. Debido a la nacionalidad del lector al que iba la obra destinada, incalculable eficacia como invitación al viaje, ejercieron los dos primeros Cantos del poema, publicados en marzo de 1812, y acogidos por la grey lectora de la isla con inenarrable frenesí. Su aparición mereció de la autoridad de Walter Scott el saludo, «por más de un siglo no hay obra que haya producido efecto mayor», y el propio Byron confesó sorprendido: «Me desperté por la mañana encontrándome famoso».

Leído objetivamente el poema se discierne tratarse en esencia de

una guía turística redactada en versos sonoros y espléndidos. Un inventario de las impresiones del viaje que en 1809, y aprovechando de la hegemonía marítima inglesa después de Trafalgar, realizó Byron por Portugal y España (mejor dicho, por una reducida parcela de la Andalucía occidental), rematado con dos inolvidables etapas en Atenas y en Estambul.

No puede ser más clara la intencionalidad turística con que estos autores, representantes de una legión, redactaron su obras. Tan clara como la satisfacción con que en el prefacio que Chateaubriand antepuso a la edición de 1827, de su «Itinéraire de Paris á Jérusalem» (1811), reivindica responsabilidad personal en un dato estadístico:

«Cuando en 1806 emprendí mi viaje, Jerusalén estaba casi olvidado. Reclamo, pues, el pequeño mérito de haber iniciado una ruta y el gran placer de comprobar que ha sido seguida. En efecto, apenas publicado mi 'Itinerario' sirvió de guía para una muchedumbre viajera. Más de mil quinientos ingleses han visitado Atenas en los últimos años.»

Nace el turista.

Sobreentiéndase su natalicio nada más que como concepto dotado de una etiqueta verbal distintiva. Visto a esta luz, tiene bastante de paradójico que cuando tan pocos ingleses osaron ausentarse de su isla, precisamente en Inglaterra emprendiera el vocablo turista su viaje inaugural por el mundo de las palabras.

En el tomo XI del monumental Diccionario de Autoridades de la Lengua Inglesa (39), encabeza cronológicamente los empleos primeros del término, la frase «Traveller is now-a-days called a *Tour-ist*», repescada de un tratadito lingüístico de carácter populachero y vernacular, publicado en 1803 (40). (También relaciona el Diccionario la frase «Sublime Tourism», extraída de un artículo del «Sporting Magazine», publicado en 1811.)

He cosechado por mi cuenta otras comparecencias del *tourist*. Lo encuentro titulado «The Theatrical Tourist», obrita que en 1805

(39) *The Oxford English Dictionary. A new English Dictionary on Historical Principles.* Oxford, 1933.

(40) SAMUEL PAGE: *Anecdotes of the English language: chiefly regarding the local dialect of London and its environs.* Londres, 1803.

pasa revista a algunos teatros provinciales del Reino Unido. Adherido de modo íntimo y funcional al tema, hallo al neologismo en dos libros de viajes por Italia, redactados simultáneamente. Dos veces en los «Remarks», de Joseph Forsyth; una, al reseñar su visita en 1803 a Tívoli y sus alrededores, y tropezarse con un grupo de «tourist like ourselves», y otra, en la posada del «Uomo Morto», camino de Florencia. La fecha más antigua de mis hallazgos es la de 1802, en los «Travels» de un americano, en cuya última página campea una desdeñosa alusión a la «garrulity of modern tourists» (41).

Sirva de colofón, para cerrar con una nota discordante, el perfil turístico de una era en teoría nada apta para practicarlo sin sobresaltos ni sinsabores el que fuera entonces cuando a mente tan representativamente germana como la del filósofo Fichte, como su maestro Kant, nada dado a divagar personalmente por el mundo circundante, se le ocurriera tomar postura de cara al turismo. El violento pensador incide en el tema de bruces y a contrapelo, al abocetar en su obra «El Estado Comercial Cerrado», sus teorías acerca de la autarquía económica enriqueciéndola con otra del mismo signo sobre el turismo. El filósofo denuncia con escándalo la insustancialidad de los viajes de sus compatriotas extramuros de sus fronteras, revelando notoria invidencia respecto a la dialéctica mercantil del turismo, que como una ecuación de primer grado, es tráfico de toma y daca.

Inesperadamente, dada la naturaleza de su tratado, no fueron consideraciones económicas las que indujeron a Fichte a abogar en pro de la implantación de medidas tan drásticas como las de proscribir viajes turísticos al extranjero. Apuntaló su objeción insertando escrúpulos éticos —no aguantan otro calificativo— al estimar que «la visión de los turistas («Reisender»), desmoralizan a los habitantes que visitan al confrontarles con el espectáculo de su ocio» (42).

Se ignora lo que hubiera pensado Fichte de haber tenido la oportunidad de observar los provechos económicos que en épocas subsiguientes aquel espectáculo proporcionó a quienes en lugar de analizarlo filosóficamente se dedicaron a explotarlo con su trabajo.

(41) *Travels from Paris to Switzerland in the years 1801 and 1802.*

(42) JOHANN G. FICHTE: *Der Geschlossene Handelstaat.* 1800.

Napoleón y el turismo.

Dos términos a primera vista antitéticos e irreconciliables a más no poder terminar por rimar bastante bien, matrimoniándolos de modo objetivo y documentado. Por supuesto, que no en la faceta militar del personaje. Impensable que un hombre que pasó al galope por la vida y la Historia, dedicara muchos momentos a relajarse deleitándose con la contemplación de las grandes tajadas del continente europeo, que a golpe de batalla cayeron en su poder. Sin embargo, en su rica biografía hay instantes en los que se le sorprende amenizando sus campañas con un poco de esparcimiento en amenos parajes.

En el palacio Borromeo de la Isola Bella, en el Lago Maggiore, muestran a los visitantes la alcoba en la que el entonces inflamable general reverdeció un idilio conyugal con su Josefina, durante la primera campaña de Italia, lugar al que en 1805 regresó la emperatriz. En la primavera de 1808, mientras maquinaba la forma más discreta de apoderarse de España, pasó una temporada en Bayona en la que se comportó como un *petit rentier* en vacaciones, con giras campestres en *cacolet* y alguna inmersión en la playa de Biarritz.

Huelga decir que los principales vínculos de Napoleón con el turismo no radican en su práctica, sino en su sobrehumana capacidad de trabajo, que en múltiples ocasiones le permitió sustraer de sus problemas militares y de gobierno los instantes precisos para adoptar numerosas medidas de trascendental importancia, en favor del turismo.

El hecho de que pensara más en transporte de cañones y en intención que en turistas, no excluye el que Italia debiera a Napoleón el quedar por vez primera accesible al tráfico rodado procedente del resto de Europa, gracias a la construcción de las rutas alpinas del Mont-Cenis y del Simplon, la «grande corniche» de la Riviera y hasta el tramo del Camino de Santiago, de Pau a Jaca, como lo recuerda el obelisco erigido en el puerto del Somport, rememorando el decreto de julio de 1808, ordenando la construcción de la «Route Imperial, N. 134». Las enormes inversiones de capital y de mano de obra, así como sus resultados, al margen de lo castrense, animaron por lo visto en 1808 a las autoridades de Chamonis a solicitar del Emperador una subvención para construir una pista de acceso a los glaciares. En su respuesta, Napoleón demostró conocer la psicología turística:

«¿Para qué? —les respondió— ¿Han pensado ustedes en lo que podrán contar las señoras el día que puedan ver la Mer de Glace en coche?»

La sensata negativa imperial no interrumpió las visitas a Chamonix en época francamente positiva para el turismo suizo. La emperatriz Josefina, con su hija, la reina Hortensia, vieron el Mar de Glace en silla de manos, desde el Montanvert, escoltadas por setenta guías, excursión repetida con menos fanfarria y menos guías en 1814, por su segunda mujer, la emperatriz María Luisa.

Llama la atención en hombre al que nunca se le vio por balnearios el interés que exteriorizó por su fomento y esplendor. Se cuidó que el decreto de junio de 1806, que prohibía terminantemente los juegos de azar, hiciera excepción de «los lugares en los que existan aguas medicinales y solamente durante la 'saison'», salvedad que vino de perlas para Baden-Baden, que en 1808 instauró el juego de la banca y del faraón en un casino habilitado al efecto.

El no aparecer jamás Napoleón por Vichy, donde su madre y su hermano Luis pasaron una temporada en 1799, razón de más para que los agradecidos habitantes del centro balneario francés estimen timbre de gloria para su ciudad, que en 1812, y desde su cuartel general establecido en un olvidado villorrio de la Prusia Oriental, el Emperador, presto a invadir Rusia con su «Grande Armée», sustrayera en tan crítico momento tiempo y humor para decretar desde allí que el balneario de Vichy contara con cabinas de baño supletorias, que se construyera una nueva fuente termal, y, sobre todo, la magnífica «promenade», ornato principal de la villa.

Napoleón se preocupó de que los visitantes extranjeros padecieran en Francia y en París menos control policíaco y aduanero que en otros países bajo su imperio, y entre sus aportaciones tangibles al turismo, cabe incluir la conclusión de la plaza veneciana de San Marcos, que la catedral de Milán tuviera una fachada presentable y el adecentamiento de las ruinas del Foro Romano, el monumento más característico de una ciudad que el autoproclamado rey de Italia jamás pudo conocer.

Entre Elba y Warteloo

A buen recaudo «l'ogre terrible», Europa respiró. Nadie supo que en lugar de una era de sosiego y de reconstrucción lo que iniciaba el

encierro de Napoleón era el capítulo epilodal del patético drama histórico protagonizado por el formidable recluso. Lo que con un suspiro de alivio imaginó todo el mundo haber concluido en 1814, con los adioses de Fointainbleau, en realidad no finalizaría hasta que el 16 de junio de 1816 el gran vencido se rindiera a sus vencedores, a bordo del navío británico que en un viaje, esta vez sin retorno, le transportaría a la isla de Santa Elena.

Apenas supera un año la ausencia forzada de Napoleón del continente europeo, un vacío llenado por meses rebosantes de episodios turísticos de sumo interés, que en trazas y acento viene a componer algo así como la Obertura de la gran ópera romántica del viaje que de un momento a otro va a comenzar.

Turismo británico «once again».

Diríase que como para recordar la Historia su tendencia a repetirse, tan pronto como en la primavera de 1814 arribaron a Inglaterra nuevas de que con las alas cortadas, el Aguila quedaba enjaulado en la isla de Elba, en la isla de la Gran Bretaña se desencadenó un éxodo masivo de gentes rumbo al continente, superior en magnitud al producido doce años antes por el falaz espejismo de aquella Paz de Amiens, que tan cara costó a muchos turistas ingleses.

Mientras Napoleón tascaba el freno en su «ínsula Barataria», como llamaba su señor a su diminuto dominio, a nadie sorprendió en Inglaterra que el caudal turístico, como aguas liberadoras de la presa que contuvo su ímpetu, reemprendiera marcha para fluir por sus cauces tradicionales. El «status quo» previo a la Revolución y al Imperio, quedó restablecido en el mundo del viaje de modo pleno y cabal. Hasta el punto de volver a pintar ingleses en la baraja turística de modo preeminente; demasiado preeminentemente a ojos de un redactor de la edición de 1814, del «Annual Register», para quien la eufórica emigración al continente de tantos de sus compatriotas agravaba ciertas perturbaciones económicas registradas «at home»:

«La apertura del ansiado interior de Europa —escribía en la influyente publicación— ha provocado una vasta exportación de '*English Tourists*' (sic), quienes, cualesquiera sean los provechos que para su placer e instrucción deriven de su gira, no mejorarán ciertamente nuestra balanza de pagos.»

Tal vez pecara de excesiva la preocupación del observador que contempló el éxodo haciendo cálculos tan pesimistas. Así lo parece al menos contejando su impresión con el criterio de un tal Millingen, que el mismo año 1814 escribía desde Roma: «It seems that economy is now á la mode in England», sin referirse, como pudiera pensarse, a una ciencia incipiente todavía, pero de gran porvenir, sino al simple hecho de que en su opinión, y con razón sobrada, los compatriotas que veía a su alrededor gastaban menos en sus viajes.

Sin percatarse, pues no era su intención profetizar nada, el escritor revelaba uno de los rasgos dominantes del nuevo período turístico que se iba a iniciar. Inglaterra había emergido enriquecida por las mismas guerras que depauperaron al resto de Europa, pero con su sistema económico desquiciado por la inflación. Las cotas prodigiosas que alcanzó el sostener y subvencionar a sus aliadas en la lucha contra Napoleón, repercutió en un incremento inexorable y gradual del precio de todo artículo de primera necesidad, un achaque que afectó hasta a las más altas capas sociales de la isla. En cambio, el continente resultaba baratísimo, lo que desencadenó una especie de frenesí viajero para sacudirse los años de forzada claustrofobia.

Si aquella regocijada diáspora pecó de precipitada, bien pudo encontrar sobrada justificación en el ejemplo sentado nada menos que por la soberana «de facto» del Reino Unido.

Un «tour» regio y accidentado.

Efectivamente, en fecha tan impolíticamente temprana, como la de agosto de 1814, su Alteza Real, Carolina de Brunswick, princesa de Gales, se había embarcado en Dover con un séquito monumental, para protagonizar uno de los viajes turísticos más bizarros e increíbles de los que existe noticia. Pudieran atenuar algunas de sus más estridentes aristas que el principal propósito de su «tour» aspirara a aventar sus infortunios conyugales, mudando de ambientes y paisajes e interponiendo la máxima cantidad de agua entre su persona y la adiposa de su marido, el Príncipe-Regente, un vesánico dedicado a humillarla y a degradarse consumido por el alcohol.

Una vez visitado Hanover, su reino de origen, la infortunada y extravagante soberana prosiguió ruta a Italia, rodeada de su pintoresca

corte ambulante. Su viaje se convirtió en la comidilla de las cancillerías europeas al salir el 1 de octubre de Milán, encomendando la dirección de la expedición, en funciones de «correo mayor», a un tal Bartolomé Pergami, un equívoco personaje de aire agitanado, objeto de públicas muestras de afecto por parte de la augusta viajera, que más tarde la comprometerían gravemente ante los ojos de los miembros del Parlamento en pleno, que a instancias de su esposo, el Rey, enjuiciarían severamente su conducta.

Viajaba de prisa, y rumbo a Nápoles, del placer emporio y también de un clima excepcional para una alemana temperamental. A los siete días la soberana en vacaciones era recibida entusiastamente en Nápoles por sus monarcas, la hermana y el cuñado de Napoleón, que volvieron la espalda a quien todo se lo debían para bienquistarse con todo lo que oliera a inglés.

En una fiesta celebrada en el teatro «San Carlo», que con razón se hizo célebre, la princesa Carolina batió sus propias marcas en excentricidad al comparecer disfrazada de diosa Fama, con los senos desnudos, para ceñir con las sienes del rey Murat con una corona de laurel.

Un espectáculo que divirtió lo indecible a la concurrencia, napolitanos e ingleses en su mayoría, sin que de nada le sirviera más tarde alegar en su defensa que la Fama en cuestión era una camarera sobornada por agentes de su marido, que la vigilaban de cerca. De momento, las únicas noticias que de su viaje se publicaban en Inglaterra se referían al precioso itinerario seguido por la atolondrada viajera.

Un turismo vehemente y enardecido.

Estimulada por el ejemplo sentado por la princesa de Gales, la migración inglesa al continente, si cupo, continuó fluyendo de la isla con ímpetu redoblado, envolviendo la oleada a Samuel Rogers, famoso poeta de salón y autor también de uno de los más informativos testimonios internos acerca de las condiciones viajeras en que la gran avalancha se movió (43).

El 20 de agosto de 1814, y a los cincuenta y uno de edad, el contumaz turista y recalcitrante solterón embarcaba con su hermana en

(43) SAMUEL ROGERS: *Journal of a Tour in Italy*. Publicado en 1956 por J. R. HALE: *The Italian Journey of Samuel Rogers*. Londres, 1956.

Brighton con destino a Dieppe. Al reseñar la partida de su tío, el escritor Samuel Sharpe diagnostica certero la etiología de la fiebre viajera británica:

«A mediados de agosto mi tío Samuel Rogers y mi tía Sarah pasaron con nosotros una noche y un día la víspera de su partida en un 'tour' por el continente, un viaje que tantísima gente emprendió, cuando la paz, para los ingleses y viajeros en general, abrió aquellos países que a excepción de la corta paz de Amiens habían quedado excluidos por espacio de veinte años a causa de las guerras.»

La virulencia de las ganas de viajar, enconadas por el mimetismo, adoptaron caracteres de verdadera epidemia que afectó a un amplio segmento social en el que abundaron damas de calidad. Un curioso diario de viaje llevado por un mayordomo, sitúa en un terminal del espectro viajero al excéntrico y acaudalado coronel Thronton, fletando en septiembre de 1814 por ciento treinta libras el navío que le transportaría de Southampton a Rouen. El boato y tren en que viajaba el coronel justifica que al desembarcar en Francia le tomaran por el Príncipe Regente de Inglaterra. Además de tres carruajes, y diez caballos, le acompañaron hasta Nápoles un destacamento de catorce criados, incluidos un alconero y dos perreros, al cargo de ciento veinte perros y treinta escopetas, ya que como sería fútil tratar de disimular, el coronel sentía por la caza desmedida afición (43).

Por derecho propio ocupa lugar en el extremo opuesto del espectro el depauperado y casquivano poeta Shelley, que con cuatro perras en el bolsillo, una carta de crédito que no le sirvió, y unas ganas locas de conocer Suiza, en agosto de aquel mismo año abandonó en Londres a su esposa, fugándose con las dos jovencísimas hijas del filósofo Godwin, su protector. El hecho de que tanto Shelley como las mozas (Mary y Jane) llevaran cada una su correspondiente «Journal», ha permitido a los biógrafos del excelso poeta reconstruir las incidencias de un viaje que a uno de ellos hace exclamar: «jamás vieron los campos y los cielos de Francia más fantástico grupo de viajeros». Las muchachas y el poeta se desplazaron de París a Suiza en compañía de un burrito adquirido empeñando un reloj, digno prólogo para el epílogo del viaje, que concluyó con la llegada a Londres desde el puerto de

Dover en un coche de alquiler, que les condujo hasta la puerta de la esposa de Shelley, que tuvo que pagar la cuenta del cochero (44).

Son los expuestos personificaciones extremas de una pacífica invasión de la que registraron de inmediato impactos directos diversos lugares europeos. París por supuesto, inundado de tropas extranjeras que festejaban su victoria sobre el máximo general del siglo. Suiza consolidó la popularidad turística adquirida en el período y curioseando el libro de viajeros en un hotel, un turista inglés observaba complacido que el número de campatriotas superaba al de otras nacionalidades por lo menos en razón de dos a uno, consideración que en la carta que reseña el dato le incita a consignar, sin complacencia alguna, su preocupación por que la prodigalidad de los turistas británicos no tardaría en hacer subir el precio de los hoteles suizos.

Según avanzaba el otoño, la «saison» convencional para recalar en Italia, se acrecía el flujo viajero por la península, y en noviembre, un tan Milliguen, literato caústico y de mal asiento, escribía desde su hotel en Roma a un amigo de paso por Florencia:

«Los ingleses llegan cada día y en multitud creciente, y, en consecuencia, los alojamientos se están poniendo carísimos. Si no cesan de aparecer en este número, muchos de ellos se verán forzados a acampar en la Piazza d'Espagna por falta de albergue; me dicen que lo mismo ocurre en Milán, Nápoles y Florencia.»

Ocurría; hasta que de pronto, y en uno de aquellos golpes efectistas que tanto enriquecieron la biografía de Napoleón, el 26 de febrero de 1815, el nanorama viajero cambió radicalmente de cariz.

Cien días de zozobra viajera.

Sobresalto parejo al provocado entre turistas al disolverse en la nada, y sin previo aviso, la Paz de Amiens (1803), el producido entre otros turistas, no menos madrugadores, la noticia del retorno imprevisto de Napoleón donde solía. No había transcurrido un año desde que las potencias vencedoras le habían encerrado en la isla de Elba, cuando el 1 de marzo de 1815 el formidable recluso, «el Monstruo», «el Ti-

(44) JANE CLAIRMONT: *History of a six week's tour through a part of France and Switzerland.*

gre», o «Boney», como llamaban los ingleses a Bonaparte, desembarcaba en una discreta cala entre Antibes y Cannes, para el 20 del mismo mes entrar triunfalmente en París, entre el delirio de la población.

El ambiente festivo y regalón prevalente en una Europa, que alegre y confiada, saboreaba las primicias de la paz, eliminó de cuajo la teatral reaparición de Napoleón en el primerísimo plano de la escena europea. Las repercusiones de la irrupción fueron múltiples, dentro de un mismo plano de alarma y consternación. Por de pronto los desprevenidos congresistas de Viena hubieron de cancelar bailes y reuniones para precipitarse a hacer sus maletas y desalojar un lugar bastante seguro para dispersarse camino a sus países de origen.

No menos febril la estampida que entre despavoridos turistas desencadenó la presencia del corso indomable en territorio francés. A los menos infortunados la noticia les sorprendió de visita o en tránsito por París, por el norte de Francia o los Países Bajos, a quienes les fue factible anticipar el regreso a su inglés hogar poniendo pies en polvorosa y las aguas del Canal de por medio. Otros se refugiaron en Suiza, que los recibió mezclados con un alud de legitimistas re-exiliados, entre los que se encontraba Lamartine. Los más afectados se encontraban recorriendo Italia y en número considerable.

Unos se dirigieron a Venecia, muchos más hacia Génova, donde una poderosa flota protegía a la fuerte guarnición inglesa, y hubo quienes se creyeron más seguros tirando hacia el sur de la península; una equivocación como otra cualquiera.

El 5 de marzo había llegado a Nápoles la nueva del desembarco, fecha y dato que Samuel Rogers anota en su «diario» con escueto laconismo: «Bonaparte gone from Elba. Fainting of his sister the Queen.» Allí se encontraba la Princesa de Gales, sin perder la tranquilidad, ni siquiera cuando el rey de Nápoles, el impetuoso Murat, cambió de observancia, y resolvió unir su suerte a la de su cuñado el Emperador de los franceses. El que la población inglesa flotante no fuera molestada no fue óbice para que muchos interpretaran el viraje político del voluble monarca napolitano como signo de mal augurio. Un oficial que en Nápoles presenciaba impasible el espectáculo de la desbandada de sus compatriotas, por delante del ejército napolitano, apuntó regocijado en su «diario»:

«Todos los ingleses corren hacia Génova como liebres atemorizadas. El Papa ha abandonado Roma, y Nápoles la princesa de Gales. Sálvese quien pueda, es la consigna del día.»

Únicamente parcialmente cierto en lo que a la princesa respectó; la atolondrada soberana «in partibus» se encaminó sin prisas ni premuras hacia la Ciudad Eterna, a la que llegó a primeros de marzo, tras visitar detenidamente las ciudades del recorrido. Se instaló en el «Hotel de l'Europe», en la Piazza d'Espagna, organizando brillantes saraos y amenizado con su presencia otros organizados en su honor, como el sufragado por el banquero Torlonia, que prácticamente había vuelto a monopolizar las transacciones monetarias precisas para suplir de fondos a los turistas ingleses de visita por Italia. A la fiesta asistieron el tío Bonaparte y su hermano Luciano. Entre las visitas a los más antiguos monumentos de la capital la princesa se saltó una vez el protocolo incluyendo una a Madame Mére, la madre de Napoleón. En el, digamos, relato oficial de su «tour», se especifica las actividades turísticas en Roma de la reina de los ingleses:

«Después de haber visitado el Panteón, el Coliseo, el castillo de St'Angelo, las temas de Tito y las de Diocleciano y Caracalla, las columnas de Trajano y de Antonino, los palacios imperiales, los obeliscos de San Pedro y de San Juan de Letrán, San Pablo, San Lorenzo, el Vaticano, los palacios Borghese, Pamphili y el Capitolio, las fuentes de Trevi, Acqua-Felice, la Paulina y otros monumentos, restos de la antigua grandeza romana, S. A., se puso en ruta para Civitta-Vechia, proyectando volver a esta gran ciudad para admirar de nuevo sus bellezas y célebres ruinas» (45).

La impertérrita viajera embarcaba en la fragata «Clorinde» para Génova, y el 13 de junio, en lugar de regresar a Inglaterra, se trasladaba desde Milán al «Hotel de la Grande Bretagne», de Venecia.

También en esta actitud le imitaron algunos ingleses, que permanecieron estáticos e inmunes al pánico de sus congéneres, que en algunos aspectos les beneficiaba. Como el coronel Finch, por ejemplo, que como todo turista de la época llevaba su correspondiente «Diary», en cuyas páginas estampó su satisfacción por volver a ser posible encontrar alojamientos decentes en Roma.

(45) TARMINI ALMERTÉ: *Voyages de Sa Majesté, la Reine d'Angleterre et du Baron Pergami, son chambellan, en Allemagne, en Italie, en Grèce, en Sicile, à Tunis, à Jaffa, à Jérusalem, à Constantinople, etc.* Paris, 2ed., 1821.

La historia, irrepetible por naturaleza, tampoco aquella vez se repitió del todo. A diferencia de lo ocurrido a los ingleses en 1803, y aparte del susto, que fue descomunal, Napoleón les dejó en paz. Se confrontaba con más acuciantes problemas que complicarles las vacaciones a la nube de turistas ingleses desperdigados por el continente.

Lo cierto fue que para su ventura los más timoratos poco tuvieron que esperar para ver disipada su angustia y ansiedad. Nada más que los Cien Días que duró el último acto de la epopeya napoleónica, sobre la que el 18 de junio de 1815, sobre las húmedas praderas de Waterloo —ironías del destino, a partir de entonces una atracción turística de primera magnitud—, cayó un telón final de sangre, fuego y acero. Un acontecimiento más que se suma a los que clausuran una época del turismo para anunciar la arribada de otra fase de su historia, tan precisa y definida como las que la precedieron.

R E S U M E

LUIS LAVAU: *Tourisme napoléonique (1800-1815)*.

Jusqu'à présent, dans les traités historiques du tourisme, il y avait la norme presque invétérée de considérer les 15 années de domination napoléonique du continent européen dépourvues complètement de toute entité touristique, critère que l'auteur du présent travail essaye de rectifier en le soumettant à révision.

A cet effet, il apporte des documents, de préférence extraits de références internes de cette période, qui démontent que, au lieu d'interrompre une activité dotée à la fin du XVIIIème siècle d'une force notable, vertébrée autour du dénommé «Grand Tour», au commencement du XIXème siècle elle continua à se manifester sans solution de continuité, bien entendu en adaptant les conditions imposées par une situation belliqueuse et politiquement instable dans le plan international.

S U M M A R Y

LUIS LAVAU: *Napoleonic tourism (1800-1815)*.

Up to now it was always usual in the historical treatises of tourism to ignore the fifteen years of napoleonic domination in Europe, as entirely devoid of tourist activity, an idea that the author of the present essay intends to rectify, submitting it to revision.

To this end he brings evidences mainly taken out of internal references from the said time, which express that far from being interrupted, an activity endowed at the end of the XVIII the century of a mayor contents, displayed around the so called «Grand Tour» continued to show itself without breaking in the beginning of the XIX th century although adjusting to the requirements imposed by a warlike and political instability at an international level.

Z U S A M M E N F A S S U N G

LUIS LAVAU: *Der Fremdenverkehr zur Zeit Napoleons (1800-1815)*.

Bis zum heutigen Datum handelt es sich bei diesem Thema um eine traditionelle Norm in den geschichtlichen Fremdenverkehrsabhandlungen, die 15 Jahre der napoleonischen Herrschaft auf dem Europäischen Kontinent in Betracht zu ziehen, der damals keinerlei Tourismus aufzuweisen hatte. Der Verfasser versucht in der vorliegenden Abhandlung, dieses Thema zu behandeln.

Er bringt zu diesem Zweck dokumentäre Nachweise, die sich vor allem auf Referenzen der betreffenden Epoche beziehen, die zwar zu Endes des 19. Jahrhunderts von geringer Trakweite sind, jedoch auf die sogenannte «Grand Tour» zu Beginn des 20. Jahrhunderts hinielen, die zwar keinen Weitgang zu verzeichnen hat, was wiederum auf die politisch unbeständige Lage auf internationaler Ebene zurückzuführen ist.